2547

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

CORREGIR AL QUE YERRA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes maladquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae...resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un cas
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carti
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla la
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

CORREGIR AL QUE YERRA.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/corregiralqueyer4031orti

CORREGIR AL QUE YERRA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA

POR D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 24 de Diciembre de 1862.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

PERSONAS.	ACTORES.
CAMILA	Doña Matilde Diez.
EMILIA	Doña Adelá Alvarez.
ADOLFO	D. Manuel Catalina.
JUAN	D. Mariano Fernandez.
TRABADO	D. Juan Casañer.
PERICO	D. N. Garralon.

La accion en una fonda de Aranjuez y en nuestros dias.

NOTA. Varios de los recursos que juegan en esta obra estan tomados de la comedia francesa titulada *La Papillonne*, de Mr. Victorienne Sardou.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sinsu permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON GERÓNIMO FRANCOS VAZQUEZ DE PRADA.

Mi querido primo: Á tí, que te hallas felizmente en esa edad en que la vida aparece á nuestros ojos como una novela, te dedico esta comedia, cuyo protagonista es un soñador que se perece por las aventuras, y la cual ha sido escrita para satisfacer el buen humor con que el público acude al teatro en estos dias, consagrados oficialmente al regocijo. Que este recuerdo sea un lazo mas que estreche os muchos que te unen con tu afectísimo pariente

Manuel Ortiz de Pinedo.

672609

ACTO PRIMERO.

Sala en una fonda de Aranjuez. Á la izquierda, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Á la derecha otra puerta de gabinete. Á la izquierda una ventana que se supone cae á un jardin. En primer término una chimenea con fuego. En el fondo una puerta grande que deja ver un recibimiento.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, FEDERICO.

Al alzarse el telon, Juan aparece leyendo un periódico. Viste un traje de mal gusto.

PERICO. (Con una servilleta al hombro ó con mandil blanco.) ¿Ha concluido usted, señorito?

JUAN. No, ¿por qué me lo preguntas?

PERICO. Porque le pide el señor del número trece.

JUAN. ¿Tambien le gustan los periódicos?

PERICO. Todos los dias los lee de cabo á rabo. Dice que con los periódicos sucede lo que con el tabaco... luego que uno se acostumbra no se puede pasar sin ellos.

JUAN. ¿Conque me has dicho que te llamas Perico?

PERICO. Si, señor, Perico. Un Perico que no llegará nunca á don Pedro.

JUAN. ¡Hombre! ¿Y por qué? De menos nos hizo Dios...

PERICO. Dá ya muy poco este oficio.

JUAN. ¿Pues no es esta una de las fondas mas concurridas de

Aranjuez? Vamos, que siempre habrá trapicheos... amores que producen propinas...

PERICO. Desde que hay ferrocarril ya nadie hace el amor... Las gentes pasan tan de prisa, que apenas si se saludan. Ahora se sientan á la mesa los viajeros, y cada uno cuida de hacerse plato á sí mismo... Ya no hay señoras... Antes... cuando las diligencias, todo era cortesia y cumplimientos... Ya se han acabado la educacion y las propinas... Dicen que esto es á la francesa.

JUAN. Y tú estás por las costumbres españolas...

PERICO. Si, señor, por las propinas... El otro dia un caballero, decia en la mesa, tomándose una taza de caldo que habian traido para una señora enferma, que en los viajes, el que tiene delicadeza come mal y ocupa siempre el peor asiento.

JUAN. ¿Y no hubo quien le contestara?

PERICO. Si, señor; le dió la razon todo el mundo.

JUAN. Si yo hubiera estado presente...

PERICO. ¿Usted habrá viajado poco en ferrocarril?

JUAN. Esta es la primera vez.

PERICO. (Vamos, este es un señor de diligencias.) ¿Y la señora, sigue recogida en su gabinete? Me ha parecido que está de mal humor. ¿La ha dado usted algun disgusto?

JUAN. ¡Yo! ¿á mi prima?

PERICO. ¡Cómo! ¿no es su esposa de usted?

JUAN. No, es mi prima.

PERICO. (Riéndose brutalmente.) ¡Já, já, já!... prima...

JUAN. ¿Qué significa esa risa?

PERICO. Ahora comprendo por qué la trataba usted con tanto mimo... y la daba el brazo al subir la escalera... y apartaba las sillas para que pasara... ¡Já, já!... los maridos no son tan atentos.

JUAN. Usted es un bárbaro... un malicioso...

PERICO. No, señor, soy un mozo de fonda... Estoy tan acostumbrado... ¡Já, já!...

JUAN. (Tirándole el periódico.) Tome usted, y no vuelva á entrar aqui mientras no le llamen.

PERICO. (Tomando el periódico y retirándose.) ¡Já, já!... Está bien, Entiendo... Soy yo muy listo...

ESCENA II.

JUAN, solo.

¡Qué imbécil!... Pues no supone que mi prima no es mi... prima. Estos mozos de fonda estan tan acostumbrados á faltar á todo el mundo... Y volviendo á mi prima, conducta mas extraña que la suya... Llego ayer á Madrid, y despues de comprarme este elegante traje en una de las mejores roperias de la calle de Toledo, me presento hoy de mañana en su casa. «Á tiempo llegas, exclama al verme; acabo de recibir un despacho telegráfico de mi tia la de Almansa, anunciándome que hoy mismo viene á verme; la he contestado que iré á Aranjuez á recibirla, y tú vas á acompañarme.» «Pero, ¿y tu marido?» replico yo sorprendido por tan inesperado viaje. «No sé, me contesta, ni me importa. Chica, mi sombrero, mi abrigo, el saco de noche.» «Pero, mujer, la digo asustado, yo quiero ver á Adolfo, saludarle siquiera. He venido á que me coloque, á que me saque de Illescas. Yo quiero ser empleado... comer de la olla nacional.» Ni por esas. Mientras yo la hago mis reflexiones, ella se encaja su abrigo y su sombrero, y echándome encima el saco de noche y dándome un empellon, «en marcha, me grita, si estimas en algo á tu prima.» «Pero ¿qué ocurre? ¿qué significa este viaje?» «Ni una pregunta, ni una palabra hasta que no salgamos de casa», me añade furiosa. Y yo, que soy la debilidad en persona, cargo con mi saco de noche y la sigo, y llegamos al tren y tomamos los billetes, y aqui me tienen ustedes metido en una historia doméstica que no conozco, acompañando á la mujer de otro, viajando en el mes de enero sin mas traje que el puesto, estrenado hoy mismo, y con el cual pensaba yo haber visto á los ministros y la fuente de la Puerta del Sol y la Casa de fieras. Pero ¿qué habrá pasado entre mi prima y su marido? Adolfo es un calavera... Ya sospechaba yo que no se llevaban bien... ¡Ah! y yo que la amaba tanto antes de casarse... ¡Y qué bonita me ha parecido hoy! Si me he trastornado al verla... Si no la hubiesen sa-

cado de Illescas yo me hubiera casado con ella, y me hubiera ahorrado este viaje y este vestido completo, que me ha costado quince napoleones. ¡Caramba si está hermosa!... Ahora solo falta que mi primo crea que yo... (Emilia sale del gabinete.)

ESCENA III.

DICHOS, EMILIA.

EMILIA. ¡Juan!

JUAN. (¡Ya está aqui!... No sé qué siento al verla.)

EMILIA. ¿No oyes? ¿Has hecho ya mi encargo?

JUAN. ¿Cuál?

EMILIA. ¿Estás lelo? El de preguntar á qué hora llega el tren de Afbacete para que vayamos á esperar á mi tia.

JUAN. Á las tres, siempre que no hay descarrilamiento.

EMILIA. ¡Qué calma! ¿Pero cómo no has entrado á decírmelo? Si las tres estan ya para dar: ¿Á qué esperabas?

JUAN. Á que dieran.

EMILIA. Ya no tengo tiempo para vestirme... Corre tú á la estacion... á recibirla.

JUAN. Y quién es mi tia, porque yo no la conozco ni he oido hablar de ella.

EMILIA. Y es verdad... ¡Jesus! ¡qué torpeza!

JUAN. ¿Qué señas tiene? Una señora entrada en años...

EMILIA. ¡Qué! Si solo me lleva á mí algunos. Apenas cuenta treinta.

JUAN. ¡Una tia de treinta años!

EMILIA. ¡Qué te sorprende!

JUAN. Que en Illescas todas las tias doblan cuando menos la edad á sus sobrinos.

EMILIA. Dále con Illescas... Pues á pesar de sus pocos años, hace dos que se halla viuda.

JUAN. ¡Viuda á los treinta!... En Illescas...

EMILIA. ¡Otra vez! Si ahora no estamos en Illescas sino en Aranjuez. En fin, ¿quieres ir inmediatamente?...

JUAN. Lo que tú dispongas; pero está nevando de un modo...

EMILIA. Razon de mas para que no venga sola... para que encuentre un carruaje al apearse.

JUAN. (Disponiéndose.) Pues señor otra aventura...

EMILIA. Vamos, hombre... ¿Qué buscas?...

JUAN. ¿Y con qué me arropo yo?...

EMILIA. Con tu tonteria... ¿Quién piensa ahora?...

JUAN. Es que llevo seis horas en este traje dando diente con diente... Si salgo asi no respondo de llegar á la estacion. Mira cómo nieva... (Señalando á la ventana.) ¿Con qué me abrigo?

EMILIA. ¡Qué posma! Toma. (Le alarga un pañuelo que está sobre un sofá.) Con mi manton.

JUAN. Trae... trae... No creas que rehuso... (Se le pone de una manera ridícula.) ¿Conque es alta ó baja?

EMILIA. Ni lo uno ni lo otro.

JUAN. ¿Gruesa ó delgada?

EMILIA. Buenas carnes. Graciosa, muy graciosa de cara, ojos hermosos, viva, alegre y con un aire como de no haber estado nunca en Illescas.

JUAN. Estoy enterado. Ya no necesito mas.

CAM. (Fuera.) ¡Emilia! ¡Emilia!

EMILIA. ¡Calla! ¡Es su voz!... (Corriendo á la puerta del fondo.) ¡Es ella!

ESCENA IV.

CAMILA, EMILIA, JUAN.

CAM. (Entra riendo y vestida con gracia; pero como señora de pueblo.) ¡Já! ¡já! Ven á mis brazos, sobrina.

EMILIA. (Abrazándola.) ¡Ah! qué deseos tenia de verte. ¿Pero qué risa es esta?

CAM. Déjame, mujer, que ria...

EMILIA. Con tu buen humor de siempre... ¿Pero qué te ha ocurrido?

CAM. ¡Una aventura deliciosa! ¡Já! já!... Una aventura de mis tiempos de soltera... Figúrate que... (Deteniéndose al reparar en Juan, que rie tambien de una manera estúpida. ¡Calla! ¿Quién es este?

EMILIA. Mi primo, á quien te presento.

CAM. ¡Tu primo!...

EMILIA. Un primo de Illescas.

CAM. Ya me lo explico.

JUAN. Señora, yo quisiera llamar á usted *tia*.

CAM. (Á Emilia.) ¿Es algun majadero?

EMILIA. No, un inocente. (Á Juan.) Haz el favor de salir á reco-

ger el equipaje de la tia. Estas cosas las hace muy bien.

CAM. Lo creo; tendrá unas fuerzas...

JUAN. Voy corriendo, prima.

ESCENA V.

CAMILA, EMILIA.

EMILIA. Ya estamos solas. Sepamos la causa de esa risa.

CAM. Figúrate que en la estacion de Albacete me he encontrado una antigua conocida... una señora medio italiana y medio española, que ha cantado óperas en algunos teatros de provincia cuando jóven, y que ha perdido ya la voz y la gracia... Hoy está mas fea que un pecado mortal, pero conserva ese aire distinguido de quien ha hecho muchas veces de reina, y el lujo de sus buenos dias... Se empeña en pasar todavia por muchacha y por hermosa, y esto la obliga á llevar siempre la cara muy tapada con el espeso velo de su Pamela, y á andar á saltitos enseñando sus pies, que son muy pequeños, por cierto, y sus manos de marfil perfectamente conservadas. Apenas me puse á su lado con este sencillo traje de provincia, me convertí á los ojos de los que nos miraban en su doncella...

EMILIA. Muy torpes debian ser para no distinguir...

CAM. Espera y verás. Entramos juntas en un coche de primera, y cuando yo iba á cerrar, héte aqui que se nos encaja jadeante y sofocado un caballero jóven, con un aire de loco, de aturdido... Yo preveo una aventura, y le pregunto á mi italiana: *¿Chi é questo signore*? y ella me responde: *E un fastidioso*. Nuestro desconocido comienza á mirarla con ternura, y observo que ella le corresponde. Mi amiga, para aumentar sus encantos, empieza á hablar en italiano, yo la contesto en una jerga parecida, y charlando y diciendo disparates llegamos al fin de nuestro viaje. Bajamos, y nuestro hombre á poco se estrella por dar la mano á la italiana.

EMILIA. ¿Y á tí?...

CAM. Ni siquiera se dignó mirarme. Subimos en un coche, y observo que nuestro acompañante se abalanza á la trasera. Llegamos á la fonda y al apearnos me ocurre seguir la broma, y poniéndome un dedo en la boca señalo

al amoroso lacayo los últimos álamos del paseo comun lugar de cita. Comprende mi seña, y con un aire radiante de triunfo, y diciéndome sí... si... sí... se arroja en medio de la nieve y rompe á correr como un desesperado. Yo que habia venido aguantando la risa, suelto el trapo... la italiana me hace coro, y dando carcajadas he llegado hasta aqui, dejando á mi don Quijote con las manos en los bolsillos, el sombrero calado hasta los ojos y la nariz amoratada. ¡Já!... ¡já! Si desde esa ventana se le debe ver distintamente.

EMILIA. Siempre la misma...

CAM. (Acercándose á la ventana.) Mira... mira... Allí abajo se le percibe como un carámbano ambulante.

EMILIA. (Mirando.) Es verdad... allí se divisa un hombre que pasea...

CAM. De esta hecha vá á quedar curado. Yo creo que se oye el crujido de sus dientes... ¡Bah! dejemos á ese atolondrado y ocupémonos de tí, querida sobrina. (Avanzando hácia el fondo y tomando una silla, en la cual se sienta cerca de la chimenea.) ¿Pero dónde está tu marido, ese nuevo sobrino, á quien no conozco todavía?

EMILIA. ¡Mi marido!...

CAM. ¡Tu marido! ¿Qué quiere decir ese tono?...

EMILIA. (Al ver á Juan, que entra cargado de sacos de noche y cajas de carton.) Silencio...

ESCENA VI.

DICHAS, JUAN.

JUAN. ¿Dónde coloco todo esto?

CAM. Pero, por Dios, se ha tomado usted el trabajo...

JUAN. No, señora; yo hago estas cosas con mucho gusto.

CAM. ¿Por aficion, eh?

EMILIA. Haz el favor de dejarlo todo en mi gabinete.

JUAN. Voy corriendo, prima... Lo que tú dispongas...

EMILIA. Gracias. (Á Camila.) Ya nos hemos librado de él.

ESCENA VII.

CAMILA, EMILIA.

EMILIA. Es un infeliz.

CAM. Uno de esos infelices nacidos para llevar los sacos de noche.

EMILIA. Un excelente corazon...

CAM. ¿Que te ama en silencio?

EMILIA. ¡Él! ¡Jesus! ¡Qué idea!...

CAM. Milagro será que me equivoque.

EMILIA. ¡Pobre muchacho! Si tal creyera...

CAM. No te alarmes. Estos caractéres se llevan su secreto á la tumba. Pero volviendo á nuestra conversacion, ¿cómo no te ha acompañado Adolfo? ¿Tan pocos deseos tiene de conocer á su tia?

EMILIA. Hace dias que salió de Madrid.

CAM. ¿Para dónde?

EMILIA. No sé... Para Valencia creo.

CAM. ¿Que no sabes? ¡Hola! ¡hola!... Tu felicidad se halla mas nublada de lo que creia... Qué bien he hecho en anticipar mi viaje... Todo lo sospechaba...

EMILIA. ¿Mi felicidad?...

CAM. Hija mia, yo tengo mas experiencia que años. Mi difunto esposo me ofreció una escuela tan completa de lo que los hombres son generalmente, que me basta una sola palabra para comprender la situacion de cualquier matrimonio.

EMILIA. Por Dios, no vayas á creer... Yo adoro á mi marido... Y en cuanto al tio, yo le tuve siempre por un modelo de esposos.

CAM. ¡Tu tio! Era el hombre mas agradable... fuera de su casa. ¡Qué galanteria... para las mujeres de los demas! ¡Qué corazon... en la calle! Condescendiente... en las tertulias. Espléndido... en sus caprichos. En fin... ya ha muerto, y no quiero recordar sus virtudes...

EMILIA. De modo que tú has sido muy desgraciada... ¡Quién habia de pensar al verte tan alegre... en sociedad!...

CAM. Que me desesperaba dentro de casa. Sola casi todas las horas del dia... sin parientes... sin hijos... sin familia... olvidada por mujeres que valian menos que yo...

lo ensayé todo para distraerme... la tapiceria... la música, el canto, la pintura... hasta que cansada de hacer el papel de víctima, me dediqué á representar con la mayor alegria, con esa alegria del sarcasmo, papeles de comedias en casa de mis amigas. Las comedias caseras hacian furor en Almansa, y bien pronto me conquisté una reputacion en los papelitos de criada. Por eso acabo de representar uno tan admirablemente.

EMILIA. ¡Já, já! ¿De veras?... Solo tú me harias reir hablando de tus desdichas...

CAM. ¿Qué son las tuyas al presente?...

EMILIA. ¡Oh! no tanto... Adolfo me quiere... pero de algun tiempo á esta parte ha descubierto un carácter tan extravagante... Si parece enteramente otro... Distraido... hablando con una exaltacion de viajes... de acontecimientos extraordinarios... Padece unos accesos de esplin... Se aburre de un modo dentro de casa...

CAM. Que para distraerse necesita estar siempre fuera de ella... asistir á todas las diversiones...

EMILIA. Hacer viajes inesperados, repentinos, como el de ahora...

CAM. Disponer partidas de caza con los amigos...

EMILIA. No perder ningun baile de máscara...

CAM. Tener cenas y comilonas...

EMILIA. Recogerse muy tarde la noche que duerme en casa...

CAM. Reñir mucho...

EMILIA. Y gastar mas.

CAM. Perfectamente. Conozco todos los síntomas de esa enfermedad. Solo me falta saber el grado en que se encuentra.

EMILIA. ¡Cómo! ¿Pueden llegar las cosas mas adelante?

CAM. Mas todavia. Dime: ¿padece frecuentes distracciones cuando se encuentra á tu lado?

EMILIA. Muchas.

CAM. ¿Halla la comida unas veces muy caliente y otras muy fria?

EMILIA. Siempre que se sienta á la mesa.

CAM. ¿No repara en tí cuando estrenas algun traje?

EMILIA. Nada...

CAM. ¿Se queja de las cuentas de la modista?

EMILIA. Todavia no.

CAM. ¿Se marcha sin despedirse.

EMILIA. No... pero tiene siempre tanta prisa...

CAM. ¿Se disculpa cuando viene á deshora?

EMILIA. Si; pero inventando unas fábulas tan increibles, tan raras...

CAM. Vamos, el cual no ha llegado á su período mas grave, y aun podria hallársele remedio.

EMILIA. Y tú que conoces el mal tan á fondo, ¿puedes decirme cuál es la causa?...

CAM. La causa te la diré mas adelante. Tal vez consista en su misma felicidad, en que le amas demasiado, en que es feliz, muy feliz, y está seguro de serlo mañana como hoy, y por eso abusa de tu mansedumbre.

EMILIA. ¡Ah! tienes razon. Si yo no admitiera sus disculpas... si no me desenfadara tan pronto...

CAM. La felicidad conyugal es una cuestion de equilibrio... Para que un platillo no arrastre al otro es menester que los dos pesen lo mismo.

EMILIA. Pero eso es tan difícil...

CAM. Tienes razon. El equilibrio es casi imposible en las cosas humanas. Y sin embargo los hombres son tan vanidosos, que siempre que hablan de política dicen: «aspiramos al equilibrio de los poderes.»

EMILIA. Y ahora que conoces mi situacion, ¿qué me aconsejas? tú á quien el talento y la hermosura no han librado de la desgracia.

CAM. ¿Qué te he de aconsejar? No tienes mas remedio que apelar á una de las obras de misericordia.

EMILIA. ¿Á cuál?

CAM. Á la cuarta. Corregir al que yerra.

EMILIA. ¡Oh! Cuánto me alegro oirte hablar asi.

CAM. ¿Por qué?

EMILIA. Porque cansada de sufrir, he adoptado hoy una resolucion que ya me pesa de un modo...

CAM. ¿Cuál?

EMILIA. Tu despacho telegráfico me halló esta mañana tan aburrida, que dije: voy á salir á recibir á mi tia sin escribírselo á Adolfo, sin que lo sepa, y ojalá que entre tanto vuelva á su casa y no me encuentre en ella.

CAM. Eso no basta. Asi se empieza; pero con mas energia... Es preciso que le trates como yo á Trabado.

EMILIA. ¡Á Trabado!

EMILIA. ¡Ah! se me escapó... Héme aqui ya obligada á confesarte que existe un señor Trabado; pero ¿qué importa?

Confianza por confianza. Trabado, es un hombre un poco loco, un poco violento; pero muy apasionado... No me mires, que no hay nada que no sea muy natural y muy digno en el asunto. Se trata de un comandante de caballería que hace un año pretende mi mano, empeñado en que cese mi viudez... Me ama, y si he de ser franca... pienso que yo tampoco le aborrezco. Pues bien, este señor, tiene una cualidad... entre otras...

EMILIA. ¿Buena ó mala?

CAM. La de ser furiosamente celoso.

EMILIA. (Levantándose.) Razon por la cual no accedes...

CAM. Al contrario, es la única que me decide á casarme con él.

EMILIA. ¡Cómo! No me explico...

CAM. Es que ahora quiero un marido que no se ocupe mas que de mí... Y con un celoso estaré siempre tranquila.

EMILIA. Se ocupará demasiado.

CAM. Nunca es demasiado... Y por eso, en vez de calmar sus celos, me entretengo en irritarlos. Esta mañana, al venir á visitarme he tenido con él este diálogo.—Parto ahora mismo.—¿Adónde, señora?—No lo sé.—¿Por cuánto tiempo?—Lo ignoro.—Necesito saberlo.—Es un secreto.—Yo no puedo permitir...—Si usted se opone á mi viaje, hemos concluido.—Espéreme usted tranquilamente, y á mi vuelta nos ocuparemos de las amonestaciones.

EMILIA. ¿Y qué te has propuesto?

CAM. Si es tan celoso como yo deseo, habrá venido en el mismo tren, y ya sabe dónde estoy.

EMILIA. ¿Y si no te ha seguido?

CAM. ¡Oh! si no me ha seguido... Á pesar de todo el interés que me inspira, no me caso con él. Necesito tener la seguridad de que me sigue.

EMILIA. ¿Y por qué?

CAM. Porque cuando un marido no sigue á su mujer es que se ocupa en seguir á las mujeres de los demas.

EMILIA. (Con amargura.) Tienes razon.

ESCENA VIII.

DICHAS, JUAN.

JUAN. (Apareciendo en la puerta del gabinete.) Ya está todo arre-

glado...

EMILIA. ¡Ah! con la conversacion me he olvidado de tí... Vamos á mi gabinete...

CAM. Si, allí continuaremos hablando y te comunicaré mi plan.

JUAN. ¿Hay alguna otra cosa que hacer?

EMILIA. Acérquese usted á aquella ventana y entreténgase en observar á un caballero que se pasea á lo lejos, debajo de los primeros álamos.

JUAN. Con mucho gusto.

EMILIA. Es un bendito.

ESCENA IX.

JUAN, luego ADOLFO.

JUAN. (Acercándose á la ventana.) No veo á nadie... Y á quién demonio le puede ocurrir el capricho?... Se habrá ido ya... Ó tal vez se haya helado... El dia no está para otra cosa...

ADOLFO. (Aparece por el fondo sin verle. Entra con el cuello del gaban subido, el sombrero calado hasta las orejas, las manos en los bolsillos tiritando y lleno de nieve. Avanzando hácia el público en silencio.) Fur... fur... fur... qué frio! Si espero unos minutos mas... me hielo. ¿Cuál habrá sido la intencion de esa mujer al darme una cita tan extraña... y tan peligrosa? Pues si cree que yo desisto... He de saber quién es... En esta fonda han entrado, y esta debe ser la antesala de sus habitaciones segun me ha dicho el mozo... Pues aqui me instalo hasta que aparezcan. ¡Oh! yo les demostraré que han dado con un conquistador aguerrido... Yo me perezco por las aventuras... Esto es delicioso... original... Estoy en mi centro... La lucha con lo imprevisto... con lo desconocido... con los peligros... con los misterios... Hasta de la nieve me olvido en pensar que me espera toda una campaña de amor... (Se sienta en el sofá, y al ruido que hace se vuelve Juan, que se calienta en la chimenea.)

JUAN. Caballero!...

ADOLFO. (Reparando en él.) ¡Calla! ¡qué veo! ¿Eres tú?...

JUAN. (Acercándose) ¡Adolfo!

ADOLFO. ¿Tú aqui?

JUAN. Yo en persona. ¿Qué te sorprende?

ADOLFO. ¡Oh! esto es increible... ¡Tú en este pais!

JUAN. ¡En este pais! ¿Tan lejos estoy de Illescas? Nos hallamos en Aranjuez.

ADOLFO. ¡En Aranjuez!

JUAN. ¿Pues qué no sabias?...

ADOLFO. No habia reparado en ello. Yo he bajado porque ella ha bajado... He oido decir una cosa como Aranjuez; pero yo no tengo oidos, ni ojos, mas que para oirla y verla y seguirla al fin del mundo.

JUAN. Pues bien podias haberla acompañado desde Madrid y me hubieras evitado á mí el viaje.

ADOLFO. ¡Á tí! ¿Tú la conoces? Tú, nacido en Illescas...

JUAN. Pues no la he de conocer, si es mi prima.

ADOLFO. ¡Tu prima! ¡Qué escucho! ¡Imposible!

JUAN. ¡Chico! ¿has perdido la razon? ¿Conque tu mujer no es mi prima?

ADOLFO. ¡Mi mujer!

JUAN. Tu mujer, á quien tienes en ese gabinete.

ADOLFO. ¡Ah! ¿De veras? Ha salido á buscarme, y la casualidad... Esto es delicioso, esto se complica... Y bien, hé aqui las emociones que yo anhelo... los sucesos extraordinarios... Esto es brusco... inesperado... fuerte... ¡Pero qué poesia!... Esta es la vida, Adolfo, la vida apasionada... ardiente... ideal... Yo no soy ya el galápago que se arrastra dentro de la concha marital; nuevo Lázaro, he roto la losa sepulcral del matrimonio, y como el águila alzo el vuelo arrebatado por el capricho del viento ó por un viento de capricho. ¡Adolfo, tú no sabes de dónde vienes, ni adónde vas, ni dónde te encuentras! ¡Magnífico, magnífico!

JUAN. ¿De modo que tú ignorabas que Emilia se hallaba aqui?

ADOLFO. Completamente.

JUAN. ¿Y no vienes á verla?

ADOLFO. Venir uno á buscar á su mujer cuando sabe que le espera, que ha de encontrarla precisamente, eso es vulgar, eso lo hace solamente un hombre de Illescas.

JUAN. ¡Ah! no comprendo...

ADOLFO. Ni es fácil... La poesia de estos encuentros está en lo que á mí me sucede. Esta mañana me hallaba en el café de la estacion de Almansa ocupado en contemplar el humo de mi cigarro, cuando de repente, al sonar el úl-

timo silbido de la locomotora, veo pasar una mujer elegante... una figura de extranjera, un rostro velado... unos pies andaluces... unas manos italianas... una mujer adorable, seguida de una doncella vivaracha y graciosa. Verla y lanzarme detrás fué obra de un instante. El tren empezaba á marchar y tuve que abalanzarme á la portezuela del coche para penetrar en él medio descoyuntado... Me siento enfrente... la miro con ternura... me mira... se apea... me apeo... sube en un coche... me cuelgo de la trasera, y al llegar á la puerta de esta fonda, la doncella, con una malicia deliciosa, me indica los árboles del paseo como un lugar de cita... Cansado de esperar y yerto de frio, vengo á pedir explicaciones á la primera persona que vea, y me encuentro ¿con quién? Con mi mujer. Con la última á quien pensaba ver. Aprende, imbécil, la manera, nueva, poética, de reunirse uno con su mujer cuando se separ de ella. (Se dirige á la chimenea.)

JUAN. Ahora lo entiendo menos.

ADOLFO. ¡Ah, provinciano, provinciano!...

JUAN. ¡Qué provinciano ni qué ocho cuartos! Tú si que parece que has perdido el juicio.

ADOLFO. ¿Por qué?

JUAN. Porque cuando te vi la última vez en Madrid no decias tales disparates. Entonces entrabas en tu casa por entrar en ella. Amabas á tu mujer como cualquier marido.

ADOLFO. Como cualquier marido, es verdad. Es que entonces la poesia no habia penetrado aun en mi alma vulgar... Mi corazon latia como el de ese rebaño de hombres que se creen felices... Y yo me creia tambien feliz. ¡Qué aberracion! Cuando racionalmente no podia serlo.

JUAN. Que no podias serlo...

ADOLFO. Nunca. Reflexiona, desgraciado. ¿Qué es lo que embellece la existencia?

JUAN. ¿Qué? Lo creo que unas chuletas de ternera...

ADOLFO. No te canses. Una cosa que no ha pasado por Illescas mas que en diligencia. La poesia. No la poesia escrita, impresa y encuadernada que nos venden los poetas, sino la poesia en accion.

JUAN. ¿Y esa poesia es á lo que veo...

ADOLFO. Esa poesia es el desórden... lo imprevisto, la novela...

La novela, incompatible con la regularidad metódica de la vida conyugal, dividida en esas tres eternas jornadas que se llaman desayuno, almuerzo y cena. Siempre el mismo cubierto... la misma mesa... No, esto no puede satisfacer las necesidades de una naturaleza exaltada y poética como la mia.

JUAN. Pero, Adolfo, ¿es posible?...

ADOLFO. Esta escapatoria de mi casa me ha abierto los ojos... La felicidad se encuentra fuera de ella... He vuelto á hallar á mis antiguos amigos... gentes alegres y bulliciosas, y en su compañia he comenzado una campaña de placeres.

JUAN. ¿Es decir que abandonas á mi prima? ¿que ya no la amas?

ADOLFO. No, hombre, sigo adorándola. Ella es para mí el lado positivo de la vida. Pero en mi casa ha concluido la poesia, y es preciso buscarla en otra parte. Yo entro en mi casa y me pongo mi bata y mis zapatillas... mi mujer se coge los papillotes... yo doy cuerda á mi reloj... ella hace colcha... yo me duermo y ella bosteza... Esto es irreprochable bajo el punto de vista de la moral; pero prosáico. ¡Ah! yo necesito la mujer de otro... la tuya por ejemplo... las noches pasadas bajo las ventanas... los dias de nieve... el balcon de Romeo y Julieta... la alondra que canta... la escala de seda que el viento agita... la luna que se oculta y tú que te levantas, que me sorprendes y á quien yo arrojo por la ventana. Hé ahí la poesia.

JUAN. Para tí... chico.

ADOLFO. Y para tí, desgraciado, si en vez de vejetar en Illescas como el tronco de un árbol, te dieras á rodar por el mundo.

JUAN. ¿Te has empeñado en ser otro don Quijote?

ADOLFO. Pues sígueme y serás mi Sancho Panza.

JUAN. Gracias; me acuerdo mucho de cuando le mantearon.

ADOLFO. ¿Qué menos le habia de costar su ínsula Barataria?

JUAN. ¡Ah! pues si tú supieras... Yo tambien amo á una mujer.

ADOLFO. ¡Hola! ¿Alguna mujer soltera?

JUAN. No, casada.

ADOLFO. ¡Bravo!

JUAN. Y el marido es amigo mio.

ADOLFO. (Riendo.) Naturalmente.

JUAN. ¿De modo que tú apruebas?

ADOLFO. ¡Pues quién lo duda! Adelante, adelante.

JUAN. Me hace tan poco caso...

ADOLFO. No hay que desalentarse. Yo te ayudaré. Vamos, ¿qué quieres que haga por tí?

JUAN. (¡Qué trueno!) Ya te lo diré.

ADOLFO. Mira, si en el término de veinticuatro horas no la conquistas, me comprometo á quitártela. Este tiempo necesito yo para la italiana. Mañana me ocuparé de tu española.

JUAN. (¡Qué monstruo! Se empeña en ayudarme.)

ADOLFO. Conque ¿dónde está mi mujer?

JUAN. En ese gabinete.

ADOLFO. No la digas que estoy aqui.

JUAN. ¡Cómo! ¿te vas á marchar?

ADOLFO. No, quiero sorprenderla. Me voy al jardin, y cuando mas descuidada esté penetro por esa ventana. (Váse cantando. Comienza á oscurecer.)

JUAN. (Al ver que se dirige al fondo.) No, por aquella puerta bajarás en seguida. (Le señala la de la izquierda.)

ESCENA X.

JUAN, TRABADO.

TRAB. (Con aire marcado de militar brusco y duro aparece por el fondo, y despues de lanzar una mirada á la derecha y otra á la izquierda, se acerca á Juan y le dá fuertemente en la espalda.) Caballero...

JUAN. ¡Caballero!...

TRAB. ¿Qué casa es esta?

JUAN. Una casa honrada.

TRAB. Lo dudo.

JUAN. Si lo dice usted por mí, espero que me explique...

TRAB. Es inútil, caballero. Yo no explico nunca... Y en fin, yo deseo saber, necesito saber quién es un bombre que ha penetrado aqui hace poco.

JUAN. ¿Un hombre cubierto de nieve?

TRAB. El mismo.

JUAN. ¡Já, já!

TRAB. Cuidado con reirse.

JUAN. Caballero, ese hombre es mi primo Adolfo, que ocupa estas habitaciones.

TRAB. ¿Ha tomado estas habitaciones? ¡Oh! ahora compren do...

JUAN. Pues si usted comprende me hará el favor de explicar...

TRAB. Yo no explico nunca. De modo que usted no se atreverá á negarme que antes que ese hombre, ha entrado aqui una señora no muy alta, con vestido azul, cabellos castaños, morena...

JUAN. Pero, permítame usted...

TRAB. ¡Morena!

JUAN. Caballero...

TRAB. ¡Morena!

JUAN. Si, señor, morena, morena!

TRAB. ¡Oh! ahora me explico el misterio. Por eso se oponia á que la siguiera... Usted se hubiera quedado, ¿no es verdad? (Rie de una manera rabiosa.)

JUAN. (Asustado.) ¿Dónde, caballero?

TRAB. Tiene usted trazas de quedarse... Pero yo he seguido todos sus pasos... Yo he visto á ese señor Adolfo... ¡Infame! (Vuelve á reir.) yo le he visto subir en el mismo coche y bajar juntos... Yo he sorprendido un gesto, una señal... y su primo de usted, para desorientarme, se ba marchado á pasear debajo de los árboles, como si hubiese venido á Aranjuez para eso.

JUAN. Pero yo no comprendo...

TRAB. Ni hace falta. Yo he tomado ya mis medidas... y como los sorprenda juntos... como sean verdad mis sospechas...

JUAN. Por Dios, tranquilícese usted.

TRAB. (Dándole en el hombro.) Buenas noches.

JUAN. (Creyendo que se ha marchado.) Vamos, la tia se ha casado en secreto, y este es el tio. (Alto.) ¿Usted es el tio?

TRAB. (Volviendo á grandes pasos con furor.) ¡Cómo tio! Volveré esta noche...

JUAN. ¡Ah!

TRAB. (Misteriosamente.) Me responde usted con su vida de no decirla una palabra.

JUAN. ¿Pero qué quiere usted que la diga, si no sé nada? Como usted no me explique...

TRAB. Yo no explico nunca... Silencio... Hasta luego.

JUAN. Pues señor; vaya una fiera que se nos ha metido en ca-

sa. Buena situacion la mia. ¿Para qué habré salido yo de Illescas?

ESCENA XI.

CAMILA, EMILIA, con una vela, JUAN.

CAM. Pero, mujer, ¿tienes miedo?

EMILIA. No; pero nos hallamos en una fonda y quiero cerrar yo misma las puertas de nuestras habitaciones.

JUAN. ¡Ah! prima, yo te acompañaré... y ante todo dáme la vela. (Toma la vela.)

CAM. ¿Hago yo falta?

EMILIA. No; voy á dar tambien órdenes á la dueña de la fonda... Ahora vuelvo.

ESCENA XII.

CAMILA, ADOLFO.

CAM. No son los ladrones los que yo mas temo... (Dirigiéndose á la ventana.) ¿Pero qué habrá sido de mi paseante?

ADOLFO. (Entrando por la izquierda) Renuncio á mi proyecto; la ventana está muy alta.

CAM. (Volviéndose.) ¿Quién?...

ADOLFO. ¡Ah! ¡Qué veo! (La doncella...)

CAM. (¡El hombre del ferrocarril!...)

ADOLFO. ¿Qué vienes á buscar aqui, diablillo? ¿á las habitaciones de mi mujer?...

CAM. (Á sí misma con sorpresa.) ¡De su mujer!

ADOLFO. Si Emilia te viera... Si llegara en estos momentos... (Mira con inquietud á todos lados)

CAM. (¡Qué oigo! ¡Já, já! es el tunante de mi sobrino...)

ADOLFO. (Acercándose.) ¿De qué te ries? ¿Del paseo que me has hecho dar? ¿Qué nuevo embuste me traes de parte de tu ama?

CAM. (¡Calla! Esto es mejor. Me toma por la criada.)

ADOLFO. ¿No me contestas? Verás qué pronto te hago yo hablar. Toma este napoleon para tí y este abrazo para tu ama. (La dá el napoleon é intenta abrazarla.)

CAM. ¡Jesus! lo primero lo acepto; pero lo segundo se guardará usted muy bien...

ADOLFO. Vamos, habla pronto... ¿tú no sabes dónde estamos?

CAM. Demasiado que lo sé... Haga usted el favor de ver si viene alguien... (Alfredo se dirige al fondo.) ¡Ah! Señor marido, con que usted es el que engaña á su mujer y anda á caza de aventuras y toma á su tia ¡qué horror! por una criada... Pues yo le daré á usted una leccion... Ya estoy en mi elemento... (Se mete las manos en los bolsillos y finge el aire y las maneras de una criada.)

ADOLFO. Nadie nos observa... ¿Pero á qué has venido, diablillo? ¿Sabes que he estado á punto de helarme?

CAM. Lo supongo... Y solo el deseo de salvar á usted del peligro que corria, me ha decidido á penetrar en esta habitacion, ocupada por personas que no conozco.

ADOLFO. Por mi mujer nada menos... Pero no comprendo .. que para salvarme...

CAM. Nuestros balcones no dan al paseo, y como aqui hay una ventana desde donde se divisan los álamos, venia á hacer á usted una señal...

ADOLFO. ¡Otra señal!... Pues mira, si espero un poco mas, la señal hubiera llegado tarde. Pero de todos modos te agradezco tu buen corazon:.. Tú debes haber nacido en la Alcarria...

CAM. Me ha hecho usted pasar un susto...

ADOLFO. Mayor le he pasado yo... Pero hablando de tu ama... ¿Qué tal le he parecido?

CAM. Un poco atolondrado... calavera...

ADOLFO. ¿Y teme que llevado de la exageracion de mi carácter?...

CAM. ¡Quiá! no señor... Mi señorita es asi... un poco ligera de pesquis...

ADOLFO. (¡Uf! ¡pesquis!...)

CAM. Se perece por las novelas... Siempre está hablando de la... de la poesia...

ADOLFO. ¡Qué escucho! Una alma semejante á la mia. ¡Mi bello ideal! una mujer que busca la poesia...

CAM. Y siempre andamos de ceca en meca... disponiendo viajes... Le gusta á ella mucho que un desconocido... que un cualquiera asi como usted...

ADOLFO. Gracias, prenda...

CAM. Beba los vientos por ella.

ADOLFO. ¡Oh! ya deseo verla... hablarla... ¡Ah! qué tarde encuentro mi media naranja...

CAM. (¡Habrá pícaro!) No crea usted por eso que mi señora no

es toda una señora...

ADOLFO. ¡Oh! lo creo... Su aire distinguido... Su empeño en ocultar su rostro...

CAM. Si viera usted qué hermosa es... Tiene unos ojos... Es tan jóven...

ADOLFO. Y vamos ¿la has pedido una cita para mí?...

CAM. Me ha costado un trabajo hablarla de eso...

ADOLFO. ¿Pero al fin, la has hablado? ¿Y accede?

CAM. Se ha puesto furiosa y me ha contestado que no...

ADOLFO. ¡Ah! ¿De veras?

CAM. Pero yo he insistido...

ADOLFO. (Con esperanza.) ¿Si? ¿Y consiente?

CAM. En que vaya usted á verme á mí, y sea ella quien nos sorprenda...

ADOLFO. ¡Oh! ¡felicidad! una cita con una mujer á quien no conozco... ¡Soy dichoso! ¡Oh! prodigiosa alcarreña, que me abres las puertas del paraiso, yo te prometo pagar tu dote cuanto te cases y hacer despues que te separes de tu marido.

CAM. Muchas gracias; pero esas no son mas que promesas...

ADOLFO. Toma realidades... (Le dá una moneda de cinco duros.)

CAM. (Le voy á dejar sin un cuarto.)

ADOLFO. Y esa cita que me has conseguido, es...

CAM. Ahora mismo.

ADOLFO. ¿Ahora mismo?

CAM. Ó ahora ó nunca... Mañana continuamos nuestro viaje.

ADOLFO. (Sin ver á mi mujer... Sin engañarla siquiera...)

CAM. (Duda... Todavia la quiere.)

ADOLFO. (¡Bah! mi mujer no sabe que estoy aqui... Juan la acompañará...) Estoy á tu disposicion. Salgamos...

CAM. ¡Ah! gente viene... (Mira al fondo.)

ADOLFO. Será Emilia... Discúlpate tú como puedas, y no digas una palabra de mí... Espérame fuera... Yo me escurriré en cuanto entre en su gabinete... (Se dirige á la habitacion de la izquierda.) ¡Una italiana... Dos ojos negros... Un cielo de fuego... ¡El Vesubio!... ¡Nápoles!... ¡el mar!...

ESCENA XIII.

CAMILA, EMILIA, ADOLFO oculto.

EMILIA. (Entrando por el fondo.) Héme aqui ya de vuelta ..

CAM. (Bajo.) ¡Silencio! Ocúltate en tu gabinete, y observa y calla. No salgas, veas lo que veas.

EMILIA. ¿Qué ocurre?

CAM. No me preguntes. Pronto... pronto...

EMILIA. (Dirigiéndose á la izquierda.) Caballero...

ADOLFO. (Asomándose.) ¿Qué hay?...

CAM. Salga usted... Ha entrado en su cuarto sin reparar en mí.

ADOLFO. ¡Bravo! (Estornudando.) Atch... Me he constipado... Ya llevo once este invierno.

EMILIA. (Asomándose.) ¡Dios mio! ¡Mi marido!...

ADOLFO. Vamos corriendo...

CAM. No tan de prisa... Aun falta una formalidad.

ADOLFO. ¡Cómo! ¿Qué formalidad?

CAM. (Desatándose el pañuelo del cuello.) Es preciso que se deje usted vendar los ojos.

ADOLFO. ¡Un pañuelo en los ojos!

CAM. Mi señorita es una dama muy principal... Su carácter romántico la arrastra á dar un paso tan grave... pero no puede descubrirse á un hombre á quien no conoce. Asi que, es preciso que usted ignore hasta el cuarto en que se hospeda.

ADOLFO. La formalidad es demasiado fuerte.

CAM. Mi señorita dice que esto aumenta el interés de la aventura...

ADOLFO. (Decidiéndose.) Y tiene razon... Esto le dá un carácter poético. Las precauciones... el misterio... Hénos aqui en Venecia... Ya estoy en Venecia...

CAM. (Presentándole el pañuelo) Puesto que estamos en Venecia...

ADOLFO. (Retrocediendo.) ¿En seguida?

EMILIA. (Asomándose.) (¿Pero qué enredo es este?)

CAM. No hay remedio: ó accede usted, ó me marcho...

ADOLFO. (Mirando el pañuelo.) Este pañuelo no es tuyo... ¡Ah! Es de ella. (Le besa.) Haz de mí lo que quieras...

CAM. Si usted no se baja... No alcanzo.

ADOLFO. ¡Oh! no aprietes tanto. ¿Es muy bonita?
EMILIA. (Saliendo.) ¡Camila!...
CAM. ¡Chits! Déjame. Corre á tu gabinete.
ADOLFO. ¿No me contestas?
CAM. Preciosa... hechicera...
ADOLFO. No veo gota... ¡Oh! si saliera ahora mi mujer...
CAM. En marcha.
ADOLFO. Tú me llevarás de la mano... ¡Venecia! ¡el puente de los Suspiros! ¡El leon de San Marcos!

ESCENA XIV.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (Que entra con la vela.) Mi primo...
ADOLFO. ¡Ah! Juan, no digas á mi mujer que he venido. Que no sepa que estoy aqui. (Le coge la vela.) ¿Qué es esto?
JUAN. Un candelero.
ADOLFO. ¡Oh, la antorcha del amor!
JUAN. ¿Pero adónde vas, loco?
ADOLFO. Á Venecia, estúpido. (Sale por el fondo.) ¡Á Venecia!
JUAN. ¡Mi prima!...
EMILIA. Si, contemplando mi desgracia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un gabinete bien amueblado. Un balcon en el fondo, que cae al jardin. Á la izquierda, en tercer término y de frente al público, la puerta de una pieza de tocador, cuyo fondo se vé distintamente. Á derecha, en tercer término, la puerta de entrada. Dos puertas laterales en segundo término. Una chimenea con fuego; un sofá, delante del cual se ven dos taburetes; un velador en el centro. Sobre la cornisa de la chimenea la luz, que alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, sola, saliendo por la izquierda.

Por la ventana del comedor ya no los veo: tal vez por el balcon de este gabinete... ¡ah! allí se divisan. ¿Pero adónde le lleva? Atraviesa el patio... Ya desapareció... ¡Ah! yo no he debido dejarle salir... sino presentarme y decirle... (Deteniéndose.) Tal vez al oir mis quejas, al ver mis lágrimas... Entonces era tiempo... Ahora es demasiado tarde .. Desde el momento en que se siente capaz de seguir á otra mujer... á una desconocida y se deja conducir á esa supuesta cita de una manera extravagante, ¿qué puedo esperar de él? Nada. Todo ha concluido entre nosotros. Y no hay duda que ese atolondrado del camino de hierro era él... Camila le ha hecho creer que le lleva al cuarto de la italiana, y él la sigue como un insensato. Hé aqui cómo nos aman...

Pero señor, ¿será posible que mi tia le vaya á presentar á esa mujer?

ESCENA II.

EMILIA, PERICO.

PERICO. (Entra con un ramo grande de flores en la mano.) Buenas noches, señorita.

EMILIA. (Mirándole con sorpresa.) Buenas...

PERICO. Este ramo...

EMILIA. ¿De parte de quién?

PERICO. (Con malicia.) De un caballero...

EMILIA. (Con altivez.) Puede usted llevársele... Yo no recibo flores de personas á quienes no conozco.

PERICO. La señorita le conoce.

EMILIA. Acabemos... ¿Qué significa esta broma? ¿Quién le envia á usted?

PERICO. Vamos, lo diré... El caballero que la acompaña á usted.

EMILIA. ¡Mi primo! Flores á estas horas...

PERICO. Eso es... el primo...

EMILIA. Traiga usted... Puede usted retirarse, y otra vez guárdese de presentarse sin que le llamen. ¡Qué insolencia!

PERICO. (Ya se quedó con el ramo. ¡Soy yo mas listo!

ESCENA III.

EMILIA sola, luego JUAN.

EMILIA. (Tomando el ramo.) ¡Mi primo Juan!... ¿Qué significa esto?... ¡Vaya un ramo vistoso! No falta mas que un poco de escarola... (Examinando el ramo.) ¿Qué es esto? Una carta... (Abriéndola y leyendo.) ¡Calla! pues si creo que me habla de amor... Pero, señor, ¿han perdido todos el juicio en esta casa? ¡Atrevimiento semejante!... Verdad es que no faltaba mas sino que yo tomara por lo serio las sandeces de ese babieca... Es cosa de leerla... «Prima mia, no puedo mas... Voy á decirte de una vez lo »que mi corazon encierra hace ocho años completos.» Está visto; el estilo es el hombre... Escribiendo es tan animal como hablando. (Continuando.) «El ejemplo de »Adolfo me anima y me empuja...» Hé aqui á lo que

me expone mi marido, á que al contemplar sus locuras este majadero se atreva... «Yo necesito como Adolfo pa»sar las noches bajo tus ventanas... los dias de nieve... »la luna que se oculta... la escala que se agita... el »balcon de Julieta y Romeo y el canto de la alondra.» El canto del avestruz es el que estoy yo oyendo. ¡Jesus, qué sarta de desatinos! (Rompiendo la carta y dejándola en la mesa.) ¡Ah! hoy es este imbécil... mañana al contemplar mi soledad... mi abandono, habrá quien crea... Estas son las consecuencias...

ESCENA IV.

EMILIA, JUAN, que entra silenciosamente.

JUAN. (Dejando el sombrero.) ¡Esta sola! Si habrá leido...

EMILIA. (Él aqui! Lo mejor será no darme por entendida...) (Con indiferencia.) ¡Ah! ¿eres tú?

JUAN. (Con encogimiento.) Si... soy yo que vengo...

EMILIA. (Con sequedad.) ¿Á qué?...

JUAN. (Si yo me atreviera...) Que vengo... á darte las buenas noches.

EMILIA. Buenas te las dé Dios. (Se dirige al balcon.)

JUAN. Yo creo que está tan conmovida, que no quiere verme... Pero si estoy temblando de pies á cabeza.

EMILIA. (Á la ventana.) No veo nada...

JUVN. Y yo que soy tan sereno en la plaza de Illescas... (Dando un paso.) Voy á decirla...

EMILIA. (Volviéndose.) ¡Ah! ¿todavia estás ahí? ¿Qué esperas?

JUAN. ¡Adios, valor! Espero... espero...

EMILIA. ¿Qué?

JUAN. Si tienes algun encargo que darme.

EMILIA. (Con impaciencia.) No... Ea... adios. ¡Ah! por la ventana de mi alcoba tal vez pueda distinguirlos.) Se dirige á la izquierda.)

JUAN. ¡Se vá!... (Haciendo un esfuerzo.) Prima, yo no quiero irme sin decirte...

EMILIA. (Desde la puerta.) ¿Qué?

JUAN. Buenas noches.

ESCENA V.

JUAN, solo.

(Con cómica desesperacion.) ¡Ah! se retira aburrida de mi timidez... Despues de haberla escrito una carta tan poética... Pero, ¿qué es lo que á mí me sucede? Y qué ocasion pierdo... Ahora que mi primo Adolfo me protege y me ayuda... Pero ella se ha marchado á su cuarto á asomarse sin duda á la ventana del jardin... Comprendo lo que esto significa... Quiere que yo la contemple mientras nieva... Esta prueba de amor acabará de decidirla... ¡Ah! ¡la nieve!... ¡la nieve!... ¡Yo necesito la nieve!... ¡el canto de la alondra!... ¡el balcon!... la luna!... ¡Ah! ¡si yo encontrara quien me vendara los ojos y me diera la antorcha! (Se vá por la puerta de la izquierda. En el momento en que Juan sale, aparece por el fondo derecha Camila trayendo á Adolfo de la mano.)

ESCENA VI.

ADOLFO, CAMILA.

CAM. (Asomándose primero.) Ya se fué... (Volviéndose á Adolfo.) No suelte usted mi mano. (Adolfo aparece palpando, cogido de la mano de Camila, con los ojos vendados y una vela en la otra mano.)

ADOLFO. (Adelantando el pie con desconfianza.) ¿Hay algun escalon?

CAM. Dos todavia.

ADOLFO. ¡Malditas escaleras! ¿Pero cuándo acabamos de subir? (Alza el pie cómicamente.)

CAM. Pronto. Pero baje usted ahora la cabeza... Vamos á entrar por una puerta secreta...

ADOLFO. (Encorbándose.) ¿Mas todavia?

CAM. Más si no quiere usted romperse...

ADOLFO. No, chica, de ningun modo...

CAM. Ahora levante usted el pie... Es un escalon muy alto... No alce usted la cabeza.

ADOIFO. Pero muchacha, ¿qué puerta es esta?

CAM. Una puerta secreta...

ADOLFO. ¡La puerta del infierno!...

CAM. (Acercando un taburete y poniéndole junto al velador que está al lado de la puerta.) Levante usted mas el pie y tocará en el escalon... Mas... eso es...

ADOLFO. (Tocando en el taburete.) Ya le cogí...

CAM. Aun queda otro mas alto.

ADOLFO. ¡Mas alto! ¿Pero adónde diablos estoy subiendo? ¿Á la giralda de Sevilla?

CAM. ¡Ánimo! Apóyese usted en ese escalon y trepe desde é al otro, y ya estamos dentro.

ADOLFO. Todo eso es fácil de decir, pero yo te quisiera ver en mi lugar..: con los ojos vendados... ¿Á la derecha?

CAM. Á la izquierda. (Al verle subir al velador.) Firme.

ADOLFO. ¡Que me caigo!... Esta escalera se menea... ¡Sostenme, alcarreña de Satanás!

CAM. Salte usted ahora... sin miedo...

ADOLFO. ¿Que salte? Tú quieres que me estrelle... ¿Pero dónde me encuentro?

CAM. En el poyo de una ventana. Si yo he saltado ya.

ADOLFO. ¿En qué quedamos?... ¿Pues no me decias que entrabamos por la puerta secreta?

CAM. Para que no tuviera usted tanto miedo. Vamos, abajo.

ADOLFO. (Patéticamente.) Señor, en tus manos encomiendo... Allá voy. (Se arroja desde el velador y cae rodilla en tierra.) ¡Ay! maldita aventura... Creo que me he roto una pierna.

CAM. ¡Arriba!... Eso no ha sido nada... Ya estamos en el comedor... cerca del gabinete de mi señora.

ADOLFO. ¿Muy cerca?

CAM. Mucho.

ADOLFO. Siento bajo mis pies una cosa blanda como una alfombra... ¡Oh! gracias á Dios que hemos llegado. Yo creo que me has hecho andar una legua... Las siete y me dia eran cuando perdí la vista, y ahora... (Saca el reloj para ver la hora.) ¡Ah! me olvidaba de que estoy vendado. (Intenta quitarse la venda.)

CAM. ¿Qué vá usted á hacer?

ADOLFO. ¡Toma! quitarme este maldito pañuelo.

CAM. De ningun modo. Si usted lo intenta siquiera, me retiro y grito: «¡ladrones!»

ADOLFO. Mira, pues eso solo me faltaba. ¿Y hasta cuándo voy á estar como el dios Cupido?

CAM. Hasta que mi señora disponga.

ADOLFO. Dices que nos hallamos en el comedor... ¿Y no habria

por ahí algo que roer?

CAM. ¡Cómo! ¿se atreve usted á tener hambre? En estos momentos de poesia...

ADOLFO. Es muy prosáico, lo confieso. Pero hace veinticuatro horas que tomé el último bocado en Valencia.

CAM. Pues no hay nada. Y ahora, mientras yo voy á avisar á la señora, es preciso que entre usted en otro cuarto.

ADOLFO. ¿Pues no estoy bien aqui?

CAM. Ni pensarlo. Podria venir cualquier criado... Esta es una pieza de paso. Si usted se opone tendrá que volver á salir por la ventana.

ADOLFO. No... haz de mí lo que quieras. No estoy ya para mas saltos.

CAM. Cinco minutos tan solo... Pero es preciso que no meta usted ruido. Quien mucho quiere...

ADOLFO. Vamos adonde te agrade... No vuelvo á correr ninguna aventura con los ojos vendados. ¡Ah! prefiero la nieve... la escala... el canto de la alondra...

CAM. (Haciéndole entrar en el tocador de la izquierda.) Hasta luego, galan afortunado.

ADOLFO. Que no tardes. ¡Oh! como tu ama sea luego una fea...

CAM. (Cerrando.) Silencio... que viene gente. (Cierra la puerta.) Corramos la *portiers* por si se quita la venda y mira por la cerradura.

ESCENA VII.

CAMILA, luego EMILIA.

CAM. Ya tenemos al marido prisionero y haciendo penitencia. Yo le curaré de su mania de aventuras. El loco por la pena es cuerdo. Ocupémonos ahora de la mujer... ¿Qué es esto? Un ramo de flores... (Reparando en el ramo.) ¿Qué significa?... Alguno que conoce las calaveradas del marido y quiere aprovecharlas. Está visto; ellos tienen la culpa casi siempre. (Llamando á la derecha.) ¡Emilia!

EMILIA. (Que sale precipitadamente.) ¡Ah! ya estás aqui... Y dónde le has dejado?

CAM. (Señalando la puerta de la izquierda.) Le tengo preso en ese cuarto.

EMILIA. ¿De veras?

CAM. Se cree en casa de la italiana.

EMILIA. ¿Y te ha seguido?

CAM. Como un cordero. Le he hecho subir y bajar todas las escaleras de la fonda... Está rendido... hecho pedazos...

EMILIA. ¡Infame!... ¡Qué indignidad! Nunca lo hubiera creido... Qué razon tenian mis amigas... En fin, esto no puede continuar y ahora mismo le voy á decir que cuando vuelva á Madrid, no me encontrará en mi casa, sino en la de mis padres... (Se dirige á abrir la puerta de la habitacion donde está á Adolfo.)

CAM. (Interponiéndose.) ¿Qué vas á hacer?...

EMILIA. ¿Qué voy á hacer? (Deteniéndose.) Tienes razon, lo que debo hacer es obrar como si él no existiera... Desde hoy en adelante viviré para mí... no pensaré mas que en mi lujo... Iré al teatro sola... á los bailes... á todas partes... Seré coqueta... ¡Cómo eso es tan difícil!... Me dejaré decir que soy bonita y haré que me lo digan delante de él... cien veces.

CAM. No prosigas... No es tu corazon quien habla...

EMILIA. ¡Ah! cómo te equivocas... Yo desdeñada... olvidada por otras mujeres... Pronto le haré ver que puesto que él me abandona, soy libre tambien... y puedo ser feliz sin su amor...

CAM. ¡Loca! tú no sientes una palabra de lo que dices...

EMILIA. (Rompiendo á llorar.) ¡Oh! ¡todo ha concluido! Jamás le perdonaré.

CAM. Yo te creia una mujer formal y veo que eres una niña... Una niña que no mide el alcance de sus palabras... Tus amenazas de ligereza... de coqueteria... me hacen reir... Y todo para consolarte... ¡Triste consuelo!...

EMILIA. No para consolarme; para castigarle...

CAM. La castigada serás tú... ¿Con que en vez de perdonar la falta prefieres que dure y que se justique?

EMILIA. ¿Es decir, que segun tú es preciso que yo apruebe las locuras de mi marido y que las sufra resignada?

CAM. Pues si, hija mia... La resignacion... la paciencia... el sacrificio... ese es nuestro destino...

EMILIA. Si te hallaras en mi lugar...

CAM. Me he hallado tambien...

EMILIA. ¿Y tú qué hacias?... (Con ironia.)

CAM. Sufrir y esperar...

EMILIA. Eso es fácil de decir...

CAM. Y de hacer... Como todo lo qne es bueno y honrado. Cuando mi difunto marido, cuyas calaveradas eran menos poéticas que las del tuyo, pero mas graves y peligrosas... volvia, despues de una crisis fuerte, á su casa, aburrido, descontento de sí mismo y de los demas, sin dinero y desesperado... yo hallaba cierto placer en cuidarle... en hacerle comprender las consecuencias de sus extravios sin darme por entendida de ellos, hasta que el remordimiento y el cariño le hacian caer á mis pies.

EMILIA. ¡Ya! Pero tu marido volvia...

CAM. Y el tuyo volverá tambien... puedes estar tranquila, Ellos vuelven siempre que la indulgencia y la resignacion les esperan... Y vuelven porque nos han entregado en depósito los mejores tesoros de su vida... su probidad, su honor, sus hijos... Entonces es cuando con sus miradas, con sus palabras, con sus lágrimas, nos dicen: Ellas son la mentira que pasa... Vosotras, la verdad que queda.

EMILIA. Eso es; para ellos la independencia... la libertad...

CAM. El mal está hecho... ¿Cómo le vas á remediar?

EMILIA. Que no exijan de nosotras todas las virtudes.

CAM. Si las exigen, es porque se sienten incapaces de tenerlas.

EMILIA. Pero señor, ¿es posible que yo me resigne á perder su amor sin haber dado ningun motivo para ello?

CAM. ¿Ninguno? ¿Estás bien segura?

EMILIA. ¡Yo!

CAM. No te alarmes... no trato de ofenderte; pero no hay mujer que no tenga alguna culpa de los extravios del marido. Si tú, despues de estudiar su carácter, hubieras sido un poco coqueta dentro de tu casa.

EMILIA. ¡Dentro de mi casa! ¿Pero cómo?

CAM. ¡Cómo! Hé aqui una cosa delicada de decir; pero á fé que estamos solas y que nadie nos oye... Las cartas que me has escrito desde tu casamiento me hacian ya prever lo que está sucediendo.

EMILIA. ¡Mis cartas! ¿Pues qué te he escrito yo?

CAM. Tu proceso... Tú me has dicho muchas veces, no me lo negarás, que tus gustos y los de tu marido se hallaban en abierta oposicion. Que él se moria por los viajes... las fiestas... los paseos á caballo... el lujo... mientras que tú no querias salir de tu casa... ni vestirte... ni

penetrar en el gran mundo... ni malgastar un real... que tú, hija de unos comerciantes, y acostumbrada á tus economias, buscabas el reposo y la oscuridad, mientras él, hijo mimado de padres aristocráticos, anhelaba una vida de príncipe.

EMILIA. Es verdad que te lo he dicho, no lo niego.

CAM. ¿Y qué ha resultado de esta lucha? Que tu marido, que no puede reprimir su imaginacion... que se perece por lo maravilloso... cansado de no hallar la novela dentro de su casa, ha salido á buscarla fuera.

EMILIA. ¡La novela!

CAM. Si, hija mia, el talento de la mujer debe consistir en rodear de tales atractivos el nido conyugal, que al marido le cueste trabajo abandonarle. En hacer del hogar una tierna novela.

EMILIA. En que la mujer sea siempre la esclava...

CAM. Si: en que la mujer sea la esclava y el marido cargue con las cadenas.

EMILIA. ¿Es decir, que tú absuelves á Adolfo?

CAM. No, le castigo y le curo al mismo tiempo. Pero es preciso que tú aprendas á cuidarle para cuando vuelva convaleciente... y arrepentido...

EMILIA. ¡Volver!

CAM. Hoy mismo le he de hacer confesar cuánto te ama...

EMILIA. ¡Imposible!... Yo me voy... ahora mismo.

CAM. Te guardarás muy bien de hacerlo... Te necesito para continuar mi obra. (Se oye ruido como de una silla que cae en el cuarto en que se halla Adolfo.)

EMILIA. ¿No has oido? ¿Qué ruido es ese?

CAM. No tengas cuidado... Es el oso que se mueve en su jaula...

EMILIA. ¡Oh! si llega á salir...

CAM. Salgamos nosotras antes.

EMILIA. ¿Y adónde vamos?

CAM. Á tu gabinete. Necesito enviar á pedir á la italiana su pamela y su muley...

EMILIA. ¡Su pamela y su muley!... Mira, no me metas á mí en mas trapisondas. No quiero verle..

CAM. Yo soy tu tia y harás lo que te mande. Silencio, y ahora dejémosle á oscuras por si se ha quitado la venda. (Apaga la luz y se lleva á Emilia.)

ESCENA VIII.

ADOLFO, solo.

(Entreabriendo la puerta.) ¡Muchacha!... ¡Alcarreña maldita!... Mira que ya me canso de estar aqui... (Asomando la cabeza con la venda. Nadie me contesta... (Saliendo del todo.) ¿Qué es esto? No hay luz... Me he quitado el pañuelo y continúo lo mismo... á oscuras. Pero cómo tarda tanto esa mujer?... Se habrán apoderado los remordimientos de mi italiana... ¡Oh! esta oscuridad... este misterio, exaltan mi imaginacion!... (Tropezando de vez en cuando y tocando los muebles.) Y se conoce que me hallo en la mejor habitacion de la fonda. Aqui hay muebles ricos... Alfombras... Será una persona de distincion... alguna duquesa napolitana emigrada... Le gustarán las aventuras, y se ha venido á España en busca de ellas... No ha podido elegir una tierra mas á propósito... Y yo que no sé el italiano, ¿qué voy á decirla? ¡Si supiera cantar!... era cosa de entonar el final de la *Lucia.* Sabrá el español. Y de todos modos la criada me servirá de intérprete... ¡Oh! pero cómo no vienen!... ¡Qué cosas hace uno fuera de su casa!... Y mi pobre mujer esperándome entre tanto!... ¡Buen chasco la he dado!... ¡Y luego nos quejamos!... ¡Bah!... hoy no es dia de remordimientos... Mañana inventaré una fábula cualquiera, y lograré engañarla.

ESCENA IX.

ADOLFO, TRABADO.

TRAB. (Entrando por el balcon.) Ahora que se ha quedado todo á oscuras...

ADOLFO. (Levantándose despavorido.) ¿Qué es eso? He sentido ruido... ¿Quién será?

TRAB. (Acabando de entrar.) La ocasion no puede ser mas á propósito para esconderme en cualquier gabinete.

JUAN. (Apareciendo por la puerta por donde salió.) Por mas que me cae la nieve encima no se asoma nadie. ¡Santa Bárbara! No veo gota. ¿Cómo doy yo ahora con la puerta? (Em-

pieza á andar á tientas en direccion de los otros.)

TRAB. Yo conozco estos cuartos. Oculto en cualquiera de ellos podré observar... y si es cierto que ama á ese miserable... que soy víctima de una traicion... (Alargando una mano hácia Adolfo.)

ADOLFO. (Alargando la suya.) Me voy á mi gabinete. (Tocando en la cabeza á Trabado.) ¡Eh!

TRAB. ¡Oh! aqui hay gente.

ADOLFO. Una cabeza de hombre... ó de perro.

TRAB. Será algun criado. (Tocando con la otra mano á Juan.) ¡Otro! ¿Si será este el infame?

JUAN. ¡Que me agarran! ¡Dios mio! ¿quién me socorre?

TRAB. (Metiéndose en la habitacion de Adolfo.) Me he equivocado. Es el mozo de la fonda.

ADOLFO. (Entrando en el tocador.) ¡Ah! ya me salvé.

JUAN. Me van á matar. El hombre que me preguntó por mi primo está aqui... Caballero, yo soy de Illescas... Pálpeme usted y se convencerá... Yo no tengo que ver nada con la tia...

ADOLFO. (Asomándose.) Este no es mi cuarto.

TRAB. (Asomándose con el sombrero de Adolfo.) ¿De quién será este sombrero? (Le tira al medio de la sala, y dá á Juan.)

ADOLFO. (Asustado,) Han tirado un mueble.

JUAN. (Corriendo asustado.) ¡Ah! que me matan... Me han arrojado un sofá. (Al ver la luz que trae Camila.) Volvamos al jardin: allí no hay mas que nieve.

ESCENA X.

CAMILA, con una vela en la mano.

CAM. Se me figura haber oido ruido... (Mirando.) No hay nadie... ¿Me habré engañado? ¿Seguirá el oso en su jaula? (Acercándose á la puerta de Trabado.) ¡Chits!... Salga usted... ha llegado el momento... No responde nadie... (Asomándose á la habitacion.) Se vá por la puerta de escape. (Volviendo á la escena.) ¿Habrá descubierto algo? ¿Nos escucharia antes? (Reparando en el sombrero.) ¡Calla! ¡y se ha dejado el sombrero! ¿Si estará jugando al escondite? Adios aventura. ¿Dónde habrá ido? Pues por aqui no vuelve á entrar. (Cierra con llave.)

ADOLFO. (Saliendo del tocador.) ¡Muchacha! estoy aqui.

CAM. ¡Cómo!

ADOLFO. Cansado de mi encierro, salí á buscarte... He sentido pasos... he tocado una cabeza de hombre, y huyendo de tan inesperado encuentro, por meterme en mi jaula me he colado en ese tocador.

CAM. ¿Una cabeza? (Vamos, el miedo le ha hecho ver... Se le haré pasar mayor.) Ya sé lo que es.

ADOLFO. ¿Algun perro de Terranova?

CAM. No, el marido de la señora.

ADOLFO. (Con susto) ¿El marido? ¿Tiene marido?

CAM. Si; ¿no se lo he dicho á usted?

ADOLFO. Es la primera vez que oigo hablar de semejante monstruo. ¿Será algun viejo celoso?

CAM. No, un militar feroz.

ADOLFO. ¡Un militar! Algun coronel cosaco... Un hombre que habrá matado mas italianos... Bien podias habérmelo advertido.

CAM. ¿Tiene usted miedo?

ADOLFO. No; pero la noticia me coge sin armas... (Tomando su sombrero.) Buenas noches. No quiero nada con los maridos. Enséñame la puerta.

CAM. (Fingiendo susto.) ¡Chist! (Mirando al fondo.)

ADOLFO. (Con ansiedad.) ¿Qué?

CAM. ¡Ah! que vuelve... que vuelve...

ADOLFO. ¿Quién? ¡El cosaco!

CAM. Ocúltese usted... pronto.

ADOLFO. ¿Dónde? (Se dirige al gabinete.)

CAM. No. Ahí no.

ADOLFO. Guíame... Vamos.

CAM. En el balcon.

ADOLFO. Mira que está helando.

CAM. No importa. ¡Que víene!

ADOLFO. Prefiero que me encuentre.

CAM. ¡Oh! es una fiera... y anda siempre armado.

ADOLFO. Le diré que tú me has traido. (Emilia abre la puerto de su gabinete.)

CAM. (Empujándole.) ¡Ah!

ADOLFO. (Corriendo al balcon.) ¡Otra vez! (Entra en el balcon y Camila cierra las maderas.)

ESCENA XI.

CAMILA, EMILIA.

EMILIA. (Desde la puerta, con otro abrigo y una pamela en la mano.) ¡Camila!...

CAM. Entra sin miedo. (Coge el sombrero de Adolfo y le pone encima de la chimenea.)

EMILIA. ¿Dónde está?

CAM. En el balcon.

EMILIA. ¿Y sin sombrero?

CAM. No le tengas lástima. Me he propuesto que cuando vuelva á tu casa no le queden ganas de salir de ella en diez años. ¡Oh! yo te aseguro que no olvidará la leccion fácilmente.

EMILIA. Házle entrar pronto.

CAM. Estoy esperando á que se constipe.

EMILIA. Pero, mujer, yo no me pongo esta pamela. Mira que es un empeño ridículo.

CAM. No hay remedio. Es preciso que me ayudes. Vamos, sobrina.

EMILIA. ¿Pero me cumplirás lo que me has prometido?

CAM. Ahora lo verás.

EMILIA. ¿Demostrarme que mi marido no ha dejado de amarme?

CAM. Lo dicho.

EMILIA. Pues con esa condicion consiento hasta en ponerme la pamela. (Se la pone.)

CAM. El velo... Cúbrete bien con el velo.

EMILIA. Pero yo ¿qué voy á hacer?

CAM. Callar, oigas lo que oigas, veas lo que veas, y dejarme á mí... Ahora siéntate y no te muevas.

EMILIA. ¿Dónde?

CAM. En el sofá. Una postura interesante... la cabeza descansando en la mano... ¡Uf! qué malas disposiciones para el teatro... Con un marido que se muere por las comedias... Estas muchachas criadas detras del mostrador...

EMILIA. ¡Jesus, qué pesadez! ¿Estoy ya bien?... Y todo ¿para qué?

CAM. Ya estás deseando verle. (Dirigiéndose al balcon y abriendo.) Vamos, salga usted.

ESCENA XII.

ADOLFO, EMILIA, CAMILA.

ADOLFO. (Desde el balcon con el pañuelo puesto en la cabeza.) Oye, chica; ya estoy yo harto de aventuras... Pronto, ¿dónde está la puerta?

CAM. Silencio... Que le está oyendo á usted.

ADOLFO. ¿Quién? ¿El cosaco?

CAM. No, mi ama.

ADOLFO. (Asomándose.) ¿No es esta una nueva broma?

CAM. Mírela usted.

ADOLFO. (Avanzando.) ¡Ah! es verdad. (Con júbilo.) ¡Allí está con su elegante pamela! ¡Oh! voy á hablarla... á decirla...

CAM. Poco á poco .. Es preciso ponerle á usted la venda... Sin ese requisito...

ADOLFO. (Con recelo.) Dime, ¿y el marido?

CAM. Fué una equivocacion mia. No se halla en casa... Vamos, el pañuelo.

ADOLFO. (Con impaciencia.) Haz lo que quieras. Me servirá de tapabocas.

CAM. Cuando ella se convenza de que usted la ama se le quitará con sus propias manos.

ADOLFO. ¡Oh, qué dicha!... Mira, déjame un agujerito para que pueda verla...

CAM. (Llevándole de la mano y poniéndole delante de la chimenea le dice bajo.) Ya está usted á sus pies. (Adolfo saluda cómicamente.)

ADOLFO. ¡Chist! ¿En qué idioma la hablo?

CAM. Entiende un poco el español. (Hace señas á Emilia y se coloca con ella detras de Adolfo. Ambas procuran dominar la risa.) Señora, si yo pudiera expresar lo que mi corazon siente en este instante supremo... ¿Qué me importan los peligros que he corrido... la nieve... el frio... la intemperie... si despues de ellos me veo por fin delante de usted, imágen viva de la Italia... de la patria de los poetas y de los artistas?... Si esos ojos que yo distingo á través de la venda que cubre los mios, reflejan en su luz el fuego del Etna... y los primeros rayos del sol en el golfo de Nápoles... (Cayendo de rodillas.) Si esas manos, que casi toco con las mias, me recuerdan las

nieves de los Alpes... ¡Oh! Madona del Arno... una palabra de piedad para este desgraciado, que soñaba contigo desde antes de nacer y que te amará despues de muerto.

CAM. (Acercándose.) Caballero, no se extrañe usted si no le contesta...

ADOLFO. ¡Oh! ya comprendo: la emocion...

CAM. No, señor, es que no ha entendido una palabra.

ADOLFO. (Levantándose.) ¡Cómo!

CAM. ¡Oh! no se mueva usted: me dice por señas que se halla muy conmovida.

ADOLFO. Pues oye, contéstala que en prueba de su compasion, se digne darme la mano.

CAM. (Llamando á Emilia.) Bueno. Pero arrodíllese usted.

ADOLFO. Ya estoy otra vez á sus pies...

CAM. *Degnate dargli la mano, signora.*

EMILIA. (Desfigurando la voz.) Si.

CAM. ¿Ha oido usted?

ADOLFO. ¡Oh! qué dulce acento italiano. Debe tener la voz de la Alboni.

CAM. (Acercando á Emilia y poniendo su mano en las de Adolfo.) Aqui está su mano.

ADOLFO. (Estrechando con pasion la mano de su mujer.) ¡Oh! qué mano tan bella, tan napolitana... Nunca he estrechado entre mis manos otra tan delicada... ¡Ah! déjeme usted que pose mis labios en esta mano, que viene á afrentar las toscas manos españolas. (¡Si mi mujer lo oyera!) (Se la besa. Emilia retira indignada su mano y hace ademan de hablar. Camila la contiene con el gesto y la dice muy bajo.)

CAM. ¿Qué vas á hacer? Espera...

ADOLFO. (Levantándose sorprendido.) ¿Qué significa esto?

CAM. Que la señora se ha ofendido de que usted se atreva á besarla la mano.

ADOLFO. ¿Y qué te ha dicho?

CAM. Que no puede admitir mas que un amor serio.

ADOLFO. ¡Un amor serio!

CAM. Un amor de artista.

ADOLFO. ¿Y qué, los artistas no besan? ¿Y por qué se ofende?

CAM. Porque sabe que es usted casado.

ADOLFO. ¡Ah! conoce mi desgracia y se niega á consolarme. Dila que si yo estoy casado, mi alma es libre y se la entrego toda entera. Cabalmente porque estoy casado...

CAM. Eso es muy grave. La señora está tambien casada y cree en sus deberes.

ADOLFO. ¿Qué embrollo es este? ¿Es posible que una mujer tan bella, que una artista, respete los lazos que la casualidad teje en un momento de obcecacion y que pesan despues como cadenas? Eso se queda para los corazones vulgares. (Emilia quiere hablar.)

CAM. (La pone la mano en la boca) Yo creia que usted amaba á su mujer, á su pobre mujer, que mientras usted anda corriendo aventuras le espera quizá llorando y asustada por no saber su paradero.

ADOLFO. ¡Vaya una ocurrencia! Yo quiero á mi mujer; pero de otro modo.

CAM. No comprendo...

ADOLFO. Tu señora es para mí la poesia...

CAM. ¿Y su mujer de usted?

ADOLFO. Mi mujer... Es la prosa.

EMILIA. (Á sí misma.) ¡Qué leccion!

ADOLFO. ¿Pero dónde se ha ido tu ama?... Déjame que vuelva á verla... que estreche su mano entre las mias.

EMILIA. No lo espere usted ya... La señora se encuentra hoy en un momento de desesperacion...

ADOLFO. ¿Y entonces por qué me ha hecho venir de este modo y me ha otorgado esta cita?

CAM. Por despecho.

ADOLFO. ¡Por despecho!... Si no me explicas...

CAM. La señora tiene celos de su marido, y para vengarse... para que su marido lo sepa...

ADOLFO. (Quitándose la venda.) ¿Qué es esto? ¿Yo estoy siendo aqui un instrumento?... ¿Un juguete? ¡Ah! ¡esto es infame!

EMILIA. (Al verle quitarse la venda se oculta en su gabinete y dice.) ¡Ah! Voy á quitarme este disfraz y ahora mismo me vuelvo á Madrid.

CAM. Tranquilícese usted y no se ponga serio... Mi señora ha empezado recibiéndole á usted por consejo mio y concluirá... por amarle... ¡Oh! le ha parecido usted muy bien.

ADOLFO. (Reanimándose.) ¿Pero dónde está?

CAM. Ha entrado en su gabinete al ver que se quitaba usted el pañuelo.

ADOLFO. Pues bien, voy á decirla...

CAM. Pero qué vá usted á decir si no sabe el italiano? De

modo que todo ha sido una estratagema tuya?

ADOLFO. Que concluirá como usted desea... Hoy está furiosa y se asusta de su imprudencia... La venganza no se detiene nunca... y mañana le parecerá usted mejor que su marido... ¡Ah! no sabe usted lo que es una mujer á quien se ofende sin motivo.

ADOLFO. ¿Y á quién hace la córte el Cosaco?... ¿ese salvage?...

CAM. Es un oficial buen mozo...

ADOLFO. ¿Tambien te gusta á tí?... Bien, ¿pero á quién se dirige?...

CAM. Á una señora muy bella que para en esta fonda...

ADOLFO. Á una extranjera?..

CAM. No... á una española... muy linda por cierto.

ADOLFO. Alguna coqueta. Soltera, ¡eh!

CAM. No; casada...

ADOLFO. (Con inquietud.) ¡Casada!... ¿Y en qué piensa su marido?

CAM. Andará corriéndola por otra parte... Pobre señora, yo la disculpo sin conocerla...

ADOLFO. Una mujer que engaña á su marido... Solo tú te atreverias á disculparla. ¿Y sabes qué habitaciones ocupa?...

CAM. No señor... La conozco de vista; pero sé que ha llegado hoy de Madrid... con un primo que la acompaña.

ADOLFO. (Fuera de sí.) ¡Hoy! ¿Pero eso no puede ser?... Mi mujer me adora... ¡Ah! necesito salir inmediatamente... ¿Por dónde salgo?...

CAM. (Corriendo al balcon.) ¡Ah! mire usted... En este momento sale ella de la fonda... ¡Jesus! la acompaña el marido de mi señora... ¡Qué escándalo!

ADOLFO. (Corriendo y mirando.) ¡Ah! ¡qué veo!... ¡Es mi mujer!... ¡mi mujer!... ¡La puerta!... ¡pronto!... ¡Escándalo mas inaudito!

CAM. ¡Y á usted qué le importa si no la ama?

ADOLFO. ¡Infame! ¿te atreves á defenderla?

CAM. Aqui tiene usted la poesia... aquella es la prosa. ¡Pobre mujer! déjela usted que se vaya.

ADOLFO. Ahora comprendo á qué fuiste á su cuarto... (Corriendo á la puerta del fondo.) ¡Oh! Cerrada... ¡La llave!... ¡la llave!

CAM. No vé usted que está puesta...

ESCENA XII.

CAMILA, ADOLFO, TRABADO.

En el momento en que abre Adolfo, aparece Trabado furioso y descompuesto con una pistola.

TRAB. ¡Atrás!...

ADOLFO. (Asustado.) ¡Ah!

CAM. ¡Él!

ADOLFO. ¿Quién es este hombre?...

CAM. (Ya sabia yo que me seguiria.)

TRAB. (Á Camila.) Señora, todo lo sé...

CAM. (¡Oh! ¡es muy divertido!)

ADOLFO. Caballero, explíqueme usted...

TRAB. Usted es quien me vá á explicar ahora mismo su conducta...

ADOLFO. Se atreve usted... ¿Dónde ha dejado usted á mi mujer?

TRAB. Salga usted.. Abajo nos esperan armas y un testigo...

ADOLFO. Si, señor, que saldré; pero será para buscar á mi mujer, á quien usted ha tratado de seducir. Y no me diga usted qué hacia yo aqui. Si yo he venido es porque su señora me ha llamado.

TRAB. ¿Qué nueva infamia es esta? ¡Cobarde! no se atreve usted á morir por su cómplice y apela al embrollo, á la mentira.

CAM. ¡Já, já! No pueden entenderse.

TRAB. No se ria usted, señora, no haga usted estallar mi cólera.

ADOLFO. (Tratando de ganar el fondo.) Y mi mujer entre tanto...

TRAB. (Interponiéndose.) No saldrá usted de aqui sino para batirse conmigo...

ADOLFO. Mañana arreglaremos nuestras cuentas.

TRAB. Ahora mismo... Usted ha faltado á esta señora, haciéndola creer que era soltero.

ADOLFO. ¿Á esta señora?... ¡Qué oigo! ¿Hace usted el amor á su criada? Un hombre casado... Esto no se puede oir.

TRAB. ¿De qué criada habla usted, miserable?

ESCENA XIII.

DICHOS, JUAN, que entra muy agitado.

JUAN. ¡Adolfo! ¡Adolfo! Tu mujer se vá en este momento, sin que nadie la pueda detener... Dice que te odia, que te desprecia.

ADOLFO. (Tratando de salir.) ¡Oh! todo me lo explico. Yo la haré comprender sus deberes.

TRAB. ¡Atrás!... Por está puerta no sale usted sino para saciar mi venganza.

ADOLFO. ¿Se trata de ganar tiempo para que mi mujer huya? He dicho que saldré... (Se abalanza á la puerta.)

TRAB. (Amenazándole con la pistola.) Nunca.

JUAN. ¡Ah! respete usted que es su sobrino.

ADOLFO. (Fuera de sí.) ¡Oh! por el balcon... un salto y al jardin. (Se dirige al balcon y salta.) Mi honra es lo primero.

TRAB. (Saltando detrás.) Es verdad... en el jardin nos batiremos.

CAM. ¡Já, já! Los dos van á caer en el estanque. ¡Oh! corro á detener á Emilia. Es preciso que siga el enredo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior; pero la colocacion de los muebles se halla completamente variada. El velador que estaba cerca de la puerta izquierda se encuentra en el centro; el sofá que estaba á la derecha, en el fondo; los taburetes junto á la chimenea: delante de esta, una butaca nueva: las cortinas del balcon corridas ocultando este: los tapices de las puertas han desaparecido: la silleria está enfundada y el cuarto tocador cerrado. Esta estudiada alteracion hace cambiar de aspecto á la sala notablemente.

ESCENA PRIMERA.

CAMILA, PERICO.

CAM. (Á Perico, que arregla los muebles segun indica el diálogo.) El velador mas en medio de la sala.

PERICO. ¿Asi?

CAM. Perfectamente. Coloque usted ahora esa butaca, que ha traido, delante de la chimenea.

PERICO. (Pero, señor, ¿qué significan estas mudanzas de muebles?... Gente mas trapisondista no ha entrado en la fonda desde que sirvo en ella.)

CAM. ¡Qué cachaza! Para cada mueble tarda usted una hora.

PERICO. Es que no puedo explicarme...

CAM. Ni le hace á usted falta... He mandado enfundar la sileria porque me hace daño el color azul.

PERICO. Lo azul... (¿Si estará casada con algun faccioso?)

CAM. Le he hecho alterar á usted la colocacion de los muebles, porque quiero que esten como en mi casa. Asi me haré mejor la ilusion de que no estoy en una fonda.

PERICO. Por mas que usted haga, lo conocerá en muchas cosas.

CAM. Lo primero en los criados. Y ahora por su trabajo tome usted; pero con una condicion.

PERICO. ¿Cuál?

CAM. Que vea usted lo que vea no ha de hacer mas preguntas. (Le dá un napoleon.)

PERICO. Muchas gracias. (Me he equivocado... debe estar casada con algun liberal.)

CAM. ¡Ah! llévese usted los jarrones de la chimenea y ponga usted el tapete en el velador.

PERICO. (Llevándose los objetos indicados.) (Vamos, esto parece cosa de teatro. ¿Tratarán de hacer alguna comedia entre esta y la otra señora?)

ESCENA II.

CAMILA, un momento despues EMILIA.

CAM. La trasformacion ha sido completa. Con este cambio de muebles me parece muy difícil reconocer la sala... Animemos ahora á mi querida sobrina. (Acercándose á la puerta de la derecha.) ¡Emilia!

EMILIA. (Aparece en extremo inquieta y asustada.) ¡Oh! por mas que miro no los veo... ¡Dios mio! ¿qué habrá ocurrido? No puedo parar hasta saber...

CAM. Paciencia, todo saldrá bien.

EMILIA. Tu calma me espanta. Te has empeñado en llevar las cosas demasiado lejos, y quiera Dios que tus bromas no acaben con lágrimas.

CAM. No tengas cuidado.

EMILIA. Pero cuando le viste furioso ¿no hubiera sido mejor decirle...

CAM. Ha sufrido poco todavia. Y ademas, ¿quién se dirigia á locos que no escuchaban?...

EMILIA. (Paseando.) ¡Ah! Tengo una inquietud...

CAM. (Sentándose.) ¡Qué placer tan grande! ¿no es verdad?

EMILIA. ¡Cómo! ¿te atreves á creer?...

CAM. Lo digo por mí. ¡Si hubieras visto á Trabado!... Estaba feroz... los celos le daban un aire de loco, de furioso,

que hacia reir... ¡Tendré un marido celoso!... ¡Qué ocupado vá á estar siempre!

EMILIA. Me admira tu frescura... tú no piensas mas que en tu futuro marido... ¿Y si matara al mio?

CAM. No tengas cuidado... Adolfo le lleva una gran delantera y corre mucho, mucho...

EMILIA. ¡Pobre esposo mio! ¿Y si resbala en la nieve y cae y se hiere?...

EMILIA. Ha caido tantas veces, que ya sabe levantarse...

CAM. No te burles de mi sobresalto. Ya verás, si llegan á encontrarse, cómo el remedio ha sido peor que la enfermedad... Y luego que Adolfo no ha de estar corriendo toda la noche... Adónde vá es lo que yo quisiera saber.

EMILIA. ¿Adónde ha de ir? Á buscar á su esposa, que le interesa mas que la italiana.

EMILIA. De modo que tú piensas, que si escapa de las garras de ese ogro de Córcega que ha de ser tu esposo, ¿se presentará aqui?... Imposible.

CAM. Estoy segura de ello.

EMILIA. ¿Pero cómo ha de venir si cree que yo estoy ya en Madrid?

CAM. Es que yo he enviado á Juan en su alcance, y espero que le hará volver.

EMILIA. ¿Y qué le vá á decir?

CAM. Que has suspendido tu viaje, pero que no quieres verle... En fin, unas explicaciones que le tranquilicen un poco, sin disipar por eso su alarma y sus sospechas por completo.

EMILIA. Pero eso es horrible... ¿Y qué te propones haciéndole dudar de mí?...

CAM. Obligarle á pasar nuevas amarguras.

EMILIA. ¿Pero no está bastante castigado?

CAM. No te canses; todavia me pertenece... Es preciso que ese don Quijote recobre de tal modo el juicio, que no vuelva á pensar en nuevas aventuras...

EMILIA. Esto es jugar con fuego... Tanto quieres estirar la cuerda... ¡Oh! si llega á aparecer por esa puerta, que no lo espero, me veré obligada á contarle cuanto ha pasado.

EMILIA. ¡Cómo! Ni una palabra... Te guardarás muy bien de hacerlo... Mira que como no ejecutes al pie de la letra lo que yo te mande, lo vuelvo á enredar de tal modo, que ..

EMILIA. No; yo haré cuanto quieras... Pero si él me pregunta...

CAM. ¿Qué te ha de preguntar... Lo que tú has de hacer es recibirle como si todo lo ignorases... tratarle con mucho cariño... con tanto, que él llegue á sospechar que eres tú quien tienes que pedirle perdon.

EMILIA. Pero tia...

CAM. Nada, mucha ternura hasta hacerle sospechar de tí... frases vagas... algunas distracciones... miradas misteriosas... Yo te daré una leccion.

EMILIA. Pero cuando él te vea...

CAM. Ya no saldré mas que cuando haya llegado la ocasion.

EMILIA. ¿Y no temes que reconozca esta sala?... ¡Oh! ya estoy temblando...

CAM. No tengas cuidado. ¿Qué es lo que él ha visto? Unas veces el gabinete, otras la alcoba, y por último el balcon, que es de lo que mas puede acordarse, ya ves cómo está... Cuando no ha tenido los ojos vendados, ha andado á tientas, y el único momento en que ha visto, le han puesto una pistola delante. Añade á eso el cambio de decoracion que esto ha sufrido.

EMILIA. ¡Jesus! parecemos locas... Nos estamos ocupando de su vuelta, cuando acaso á estas horas... (Se oyen fuera los gritos de ¡socorro, socorro! dados por Juan. Emilia con terror.) ¡Oh!...

CAM. (Asustada.) ¡Piden socorro!

EMILIA. (Cayendo en brazos de Camila.) ¡Yo me muero! (Se oyen los gritos mas cerca.)

CAM. ¿Qué gritos son esos?

ESCENA III.

DICHAS, JUAN, que aparece precipitadamente.

CAM. (Al verle.) ¡Juan! ¿Y Adolfo? ¿Y mi sobrino?

JUAN. (Sofocado.) Ahí detrás viene... Me ha costado un trabajo persuadirle.

EMILIA. (Levantándose.) Pero esos gritos...

JUAN. Ya se ha salvado... Al verle entrar en la fonda y cerrar las puertas, el tio, quién lo creeria, su mismo tio le ha querido disparar un pistoletazo.

EMILIA. ¿Y le ha herido?

JUAN. Si no le ha disparado...

EMILIA. ¡Ah! ¡Adolfo mio!... (Corriendo á la puerta.)

CAM. (Deteniéndole.) ¿Qué vas á hacer? Á tu cuarto como si no hubieras oido nada... Solo te permito que le veas entrar; pero escondida... Vendrá bueno...

EMILIA. Pero...

CAM. Cuando yo te lo digo... (Llevándosela suavemente. Á Juan.) Y usted para no cometer ninguna imprudencia revelándole lo que no conviene, debe tambien irse...

JUAN. Si yo no sé nada... ¿Qué le he de decir? ¡Oh! tienen razon; yo debo irme; pero es á Illescas en cuanto amanezca... Cosas como las que á mí me suceden... (Se dirige á salir por el fondo.) Por aqui me voy á encontrar con él... Vamos, otra vez al jardin. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

ADOLFO, solo.

ADOLFO. (Aparece por la puerta del fondo, con la cabeza desnuda, lleno de barro, desgreñado, desfallecido y jadeante. Con voz apagada y sin poderse sostener.) Esta debe ser la habitacion de mi esposa, segun me ha dicho el criado. ¡Oh! esto podrá ser poético; pero ya es demasiado:.. Misericordia, ¡Dios mio!... Vengo molido... quebrantado... hecho pedazos... ustedes no lo querrán creer; pero sospecho que no me ha quedado hueso sano... ¡Maldita poesia! Vaya una campaña... Engañado como un niño por esa criada de Satanás... he sufrido en una sola noche cuantas desdichas pueden afligir á un hombre... ¡Hambre... frio... sed... celos... sobresaltos... golpes y porrazos! Y para fin de fiesta... al arrojarme por la ventana me zambullo en el estanque y tomo un baño en el mes de enero... Salgo como Dios quiere, hecho una sopa, y me doy á correr huyendo de un hombre que me sigue, y cuando desfallecido de tanto sufrir caigo y me preparo á morir, me hallo con que mi perseguidor era mi primo... Ese buen Juan, que venia á decirme que mi pobrecita mujer no se habia movido de su cuarto, y que todo era una invencion de la italiana... Logro, andando apoyado en él, dar vista á la fonda, y al entrar, el salvaje del cosaco, se precipita sobre mí y quiere dispararme un pistoletazo... Hay mas desventuras! ¿Y todo por qué? Por

empeñarme en buscar la felicidad fuera de mi casa. (Mirando en su derredor.) ¡Qué calma!... ¡qué tranquilidad se respira aqui? Cómo se conoce que no ha pasado nada... Mi querida Emilia me estará esperando á la ventana... ¿Y qué fábula invento yo? Cómo justifico el lamentable estado en que me voy á presentar á sus ojos... ¡Ah! merezco cuanto me sucede... Y menos mal que al volver á mi casa me lo encuentro todo en el mayor órden... ¡Oh! cuando pienso que me he expuesto á que mi mujer por venganza, como la italiana, se hubiera creido con derecho para recibir á un hombre... Mi desengaño es completo... ¿Y será verdad que Emilia?... Si; ella me adora, y sin embargo... En cuanto se llega á dudar una vez... Malditas aventuras. ¿De qué me ha servido leer el Quijote? Dónde hay nada tan dulce como entrar uno en su casa y poder decir «esta butaca ha sido colocada para mí...» (Se sienta en ella.) Este fuego que arde ha sido encendido para mí... Esa luz brilla para mí... y esa mujer... esa mujer encantadora que vá á presentarse tendiéndome los brazos... ¡Ah! tengo miedo... No sé qué decirla...

ESCENA V.

ADOLFO, EMILIA.

EMILIA. (Dando un grito al verle.) ¡Ah! ¡Adolfo!...

ADOLFO. (Abrazándola.) ¡Emilia mia!...

EMILIA. (Fingiendo una gran sorpresa.) ¿Tú aqui? ¿Pero quién te ha dicho?...

ALDOFO. (Sin soltarla.) Si... héme aqui ya... vida mia... corazon mio... alma mia... ¡Oh! qué bella me parece... ¿Pero, señores, que yo haya tenido valor?...

EMILIA. ¡Ah! ¡qué sorpresa!... Suponia que te hallabas en Valencia... ¿pero cómo habia de esperar?

ADOLFO. Mejor, ángel mio, asi nuestro encuentro es mas poéti... (Deteniéndose.) no, yo no quiero que sea poético...

EMILIA. (Fingiendo que repara en él al desasirse y dando un grito.) ¡Jesus! Cómo vienes...

ADOLFO. Si... me he dejado el sombrero olvidado en el wagon.

EMILIA. ¿Pero tú te has visto?... ¡Dios mio! ¿qué te ha sucedido?

ADOLFO. (Reparándose.) Un poco de desórden... Me quedé dormido, y como era coche de segunda...

EMILIA. ¿Pero de dónde sales? ¿Quién te ha puesto en este estado?

ADOLFO. (Confuso.) Te diré... El camino de hierro...

EMILIA. ¡El camino de hierro!

ADOLFO. Si; ya ves cómo tratan á los viajeros.

EMILIA. Pero eso es indigno...

ADOLFO. ¡Un escándalo! Los periódicos no se quejan y las empresas abusan.

EMILIA. Cualquiera diria que habias venido en la máquina... de fogonero.

ADOLFO. No te engañas. Yo queria ocultártelo; pero puesto que lo adivinas...

EMILIA. ¡Cómo!

ADOLFO. No te asustes; ya pasó. Antes de llegar á Albacete ha habido un descarrilamiento...

EMILIA. ¡Oh, qué horror!

ADOLFO. ¿Por qué te alarmas, hija? Eso sucede todos los dias.

EMILIA. ¿Y bien? ¿Á tí no te ha pasado nada?

ADOLFO. Nada mas que tener que subir á la máquina para ayudar un poco.

EMILIA. ¡Tú entre el fuego! ¿Y cómo ha podido llegar el tren despues del descarrilamiento?

ADOLFO. Muy fácilmente... El guardafreno... la aguja... los puentes... Y luego como las máquinas son de doble sistema, nos pusimos á todo vapor.

EMILIA. Solo asi me explico el milagro. (¡Qué embustero!)

ADOLFO. (¡Qué inocente! Todo se lo ha creido.) ¡Y tú aqui sola entre tanto, querida mia!

EMILIA. No; he estado acompañada.

ADOLFO. (Con ansiedad.) ¿Por quién?

EMILIA. Por Juan... Se presentó hoy en casa y le dije: «Acompáñame á Aranjuez, y una vez allí iremos todos los dias á la estacion á ver si viene Adolfo...» Y á tí ¿quién te ha guiado hasta la fonda?

ADOLFO. ¿Pues quién habia de ser? Juan, á quien encontré en la estacion esperándome. (Esta si que es gorda.) ¿Y no te ha visitado aqui ningun conocido?

EMILIA. No; y lo siento.

ADOLFO. ¿Por qué?

EMILIA. Porque asi habria tenido quien me hubiese acompaña-

do á ver los jardines.

ADOLFO. (Un poco inquieto.) Ya los veremos juntos.

EMILIA. Este Juan es mas cobarde... Esta mañana quise atravesar el Tajo en una barca y me dejó sola.

ADOLFO. ¿Tú? ¿Pero desde cuándo acá tan valerosa?

EMILIA. ¡Oh! he cambiado mucho desde que no nos vemos.

ADOLFO. ¿Que has cambiado?

EMILIA. He reflexionado en lo que me has dicho tantas veces sobre la poesia... y ya estoy convencida. Acabaron nuestras disputas. Yo amo como tú el desórden, la novela, las aventuras...

ADOLFO. (Retrocediendo.) ¡Desgraciada! ¿Tú sabes lo que estás diciendo?

EMILIA. ¡Ah! ya verás en cuanto volvamos á Madrid. ¡Vida nueva! Voy á trasformar completamente nuestra casa... lo de arriba abajo. Muebles... alfombras... espejos... Nada de cuanto tenemos me sirve.

ADOLFO. Pero eso es un disparate. ¿Qué es lo que te propones?

EMILIA. Cambiar de costumbres... dar bailes... hacer comedias... asistir á todas las diversiones, incluso el circo de caballos. Gastar tu hacienda, la mia, cuanto tenemos, en fiestas, viajes, saraos, hasta que nuestra casa, empezando desde el portero y concluyendo por tí, sea una completa novela.

ADOLFO. ¿Has perdido la razon, Emilia mia?

EMILIA. Estoy ya cansada de la calma con que hemos vivido hasta ahora, y amo la libertad y quiero ser libre, y estoy dispuesta, por darte gusto, por demostrarte mi amor, á hacer tales cosas que se ocupe de mí Madrid entero.

ADOLFO. (¡Dios mio! ¡mi mujer se ha contagiado, ahora que yo empezaba á curarme!) ¡Oh! esposa mia, todo cuanto piensas hacer es una locura...

EMILIA. Pero si es lo que tú me has pedido que hiciera tantas veces...

ADOLFO. Pues bien; ya he cambiado de opinion... Cuando estemos en nuestra casita de Madrid te explicaré la causa... Cuando nos veamos como ahora solos y mas tranquilos... así, delante de la chimenea... Mira, pon mas leña... Tengo un frio... (Mientras Emilia atiza el fuego.) ¡Ah! qué linda es mi Emilia... cuánto mas linda que esa maldita italiana, á quien por último no he visto...

(Mirando á sus manos.) Y tiene unas manos divinas... Dáme tu mano y mírame cara á cara. (Acariciando su mano.) Esta si que es una mano delicada... suave... fina. (La otra era grande... huesuda... basta...) ¡Ah! que haya hombres que vayan á buscar fuera de su casa lo que no pueden encontrar mas que dentro de ella!

EMILIA. ¡Cómo! ¿Á quién te refieres?

ADOLFO. No; es una reflexion que me ocurre... He querido decir que se encuentra uno tan dulcemente dentro de su casa... En fin, Emilia mia, yo tomaria de buena gana una taza de caldo...

EMILIA. ¿No has comido aun?

ADOLFO. Si, he comido sin comer... Hay tan mal servicio en las fondas de la línea...

EMILIA. (Ademan de salir.) No sé si habrá caldo á estas horas... Voy á decir...

ADOLFO. Me siento un poco mal... Una taza de té será lo mismo... pero quiero tomarla aqui.

EMILIA. (Toca la campanilla.) Estos criados tardan tanto... ¿Quieres que vaya yo?

ADOLFO. No... (Se me turba la vista.) Ya vendrán.

EMILIA. (¡Pobre Adolfo! Siento una pena... Estoy por contárselo todo.)

ADOLFO. Estoy mas arrepentido...) Oye, Emilia; y yo no te he pedido todavia perdon por este viaje tan repentino... Déjame que te explique...

EMILIA. No, yo soy quien necesito que tú me perdones.

ADOLFO. No, yo... yo...

EMILIA. Si tú supieras...

ADOLFO Si yo te dijera...

EMILIA. No se debe mentir.

ADOLFO. Á la mujer á quien se ama, nunca.

EMILIA. Ni al marido.

ADOLFO. Ni al marido... jamás al marido.

EMILIA. Pero cuando se ha engañado...

ADOLFO. (Levantándose.) ¡Engañado!

EMILIA. (¡Oh! ¡Dios mio!)

ADOLFO. ¡Engañado! ¿Quién?

EMILIA. He dicho que cuando se la ha engañado...

ADOLFO. (Descansando.) ¡Ah! habia entendido... (¡Malditas dudas!) (Con desaliento.) El caldo... el té pronto...

EMILIA. ¿Qué es eso? ¿te pones malo?

ADOLFO. La emocion... el susto que me acabas de dar... ¡Ah! se me vá la cabeza... Emilia... Emilia... (Se reclina en la butaca como desvanecido.)

EMILIA. (Sosteniéndole la cabeza.) ¡Camila! ¡Camila!

ESCENA VI.

CAMILA, EMILIA, ADOLFO.

CAM. (Apareciendo.) ¿Qué ocurre? ¿Qué voces?...

EMILIA. (Asustada.) ¡Vinagre!... ¡un médico!... Mi Adolfo se muere...

CAM. No te asustes, hija. Es un desmayo de hambre... Hace treinta horas que no come...

EMILIA. ¿Pero no llamas?

CAM. He oido vuestra conversacion, y he mandado preparar un té. Ya le traen.

EMILIA. ¡Qué calma!

CAM. ¡Ah! me parece estar viendo á mi marido de vuelta de sus expediciones.

EMILIA. Pero, mujer, ¿no te se parte el alma?...

CAM. Eso no es nada. (Perico aparece con el té. Camila tomando la taza.) El té.

EMILIA. Pronto... Yo se lo daré... Vete, que no te vea.

CAM. No, al contrario. Que la primera á quien vea al abrir los ojos sea yo.

EMILIA. (Poniéndole la taza debajo de la barba.) ¡Jesus! ¿Qué intentas?

CAM. Darle otro susto. Yo soy para él el remordimiento, la conciencia.

EMILIA. No, retírate.

CAM. (Dándole una cucharada.) Deja. Cuidado, no se queme usted...

ADOLFO. (Abriendo los ojos.) ¿Quién me habla? (Reconociendo á Camila, con cómico terror.) ¡La cria...da!... (Camila retrocede mirándole y riendo, y en el momento de tocar en el dintel de la habitacion de Emilia le hace una cómica cortesia y desaparece. Adolfo se levanta despavorido.) Satanás en forma de criada!

EMILIA. (Con naturalidad.) ¿Qué es lo que dices?

ADOLFO. ¿Pero no la has visto? ¡La criada!...

EMILIA. No he visto nada... La debilidad de tu cabeza... Vamos, toma el té.

ADOLFO. Que no has visto... ¡Es entonces un sueño... una pesadilla!...

EMILIA. Si no ha entrado nadie... Me has asustado.

ADOLFO. Trae. (Tomando el té.) Es que no puedo tenerme.

EMILIA. ¿Tienes hambre?

ADOLFO. Bastante.

EMILIA. Voy á decir que te preparen algo. En seguida vuelvo. Si te pones peor, avisa.

ADOLFO. Que me traigan tambien un poco de vino y una chuleta... y un beestek con muchísimas patatas.

EMILIA. Si. (Es preciso revelárselo todo.)

ESCENA VII.

ADOLFO, solo.

ADOLFO. (Acabando de tomar el té.) ¡Ah! qué bien lo recibe mi pobre estómago... Ya se me vá aclarando la vista... ¡Mire usted que haberme desmayado de hambre!... ¡Señor! ¿habrá sido una vision lo de la criada, ó una realidad? Si yo la he visto distintamente... Las dudas y los temores vuelven á apoderarse de mi corazon... ¿En qué descansa mi seguridad? En nada. ¿Quién me responde de que mi mujer, aunque no haya sido mas que par venganza, como la italiana, no ha recibido durante mi ausencia?... Esa facilidad con que ha creido mis mentiras... Sus palabras ambíguas... sus mismas caricias la acusan. ¿Pero no me ha dicho bien claro que ella estaba tambien contagiada de la poesia? En buena situacion me he colocado... En vez de hallar la felicidad que buscaba he perdido la que poseia... Estará bueno que el diablejo de la criada ande por aqui. Yo voy á registrar... (Comienza á mirar en su derredor, y de repente repara en su sombrero, que ha quedado encima de la chimenea.) ¡Un sombrero! ¡un sombrero de hombre!... ¡Bah! ¡estoy loco! Es el mio. Pero ¿qué es lo que digo? Si yo he entrado sin él... si el mio me lo dejé en el cuarto de la italiana. Alguien ha entrado aqui... un hombre á estas horas en el cuarto de mi mujer... ¡Maldicion! (Reparando en el ramillete caido debajo del velador.) ¡Un ramo! (Recogiendo uno de los pedazos de la carta y leyendo.) ¡Un papel! «El ejem»plo de Adolfo me anima... Yo necesito pasar las no-

»ches debajo de tus ventanas!...» ¡Oh! ¿qué mas pruebas? ¡Infame! me ha engañado. Y ese hombre no ha salido... está aqui, no hay duda. Se ha ocultado al sentirme venir... Me ultraja y se oculta. ¡Cobarde! (Dando vueltas.) ¡Ah! yo le encontraré. ¡Miserable! salga usted, lo sé todo. (La puerta de la izquierda comienza á abrirse lentamente. Adolfo, al observarlo, dice fuera de sí.) ¡Ah! vá á entrar. (Juan aparece.)

ESCENA VIII.

JUAN, ADOLFO.

ADOLFO. (Al ver á Juan, que aparece sin sombrero y con un pañuelo en la cabeza.) ¡Ah! es ese imbécil. ¿Pero á qué viene á estas horas y con tanto misterio? (Cogiéndole de un brazo.) ¿Qué es lo que buscas, idiota?

JUAN. (Mirándole con espanto.) No sabia que estuvieras aqui, primo.

ADOLFO. ¿Pero de dónde sales?

JUAN. ¡Del jardin! (Reparando en el ramo.) ¡Ah! mi ramo! ¡Todo lo sabe!

ADOLFO. ¿De formar otro ramito como este? (Le presenta el ramo.)

JUAN. Pues bien, ya que Emilia te lo ha contado todo, debo decirte que tú tienes la culpa.

ADOLFO. ¡Que Emilia me ha contado... ¡Que yo tengo la culpa!...

JUAN. Si; porque yo no he hecho mas que lo que tú me has dicho.

ADOLFO. ¡Cómo!

JUAN. Yo te dije que era casada... y tú me dijiste que adelante.

ADOLFO. ¿Pero de quién hablas?

JUAN. ¡Toma! de mi prima. Si yo la he declarado mi amor, si me he atrevido á enviarla ese ramo, es porque tú me dijiste que me ayudarias.

ADOLFO. ¡Yo! ¿cuándo he dicho yo semejante iniquidad?

JUAN. Si ahora te vuelves atrás... eso es otra cosa.

ADOLFO. Pero Emilia al ver el ramo, al oir tus injuriosas palabras, ¿qué te ha contestado?

JUAN. Nada todavia. Pero si tú volvieras á tus aventuras... si

continuaras ayudándome... Ayúdame, primo... ¿Á tí qué te importa? Tú ya no la quieres...

ADOLFO. ¡Y yo te oigo! Si el matar á un tonto no fuera un delito penado por las leyes, te arrojaba por ese balcon.

JUAN. ¿No dices tú que la poesia consiste en engañar á las mujeres de los demas?

ADOLFO. ¡Calla! (Reflexionando.) (¿Si será todo esto una nueva estratagema para desorientarme, para que yo no busque al verdadero infame? ¡Ah! veamos si el sombrero...) (Dándole el sombrero.) Toma tu sombrero y vuelve á salir por donde has entrado. Póntele.

JUAN. ¿Para qué?

ADOLFO. Póntele, te digo.

JUAN. (Poniéndosele.) Pero si no es mio, ¿para qué me le he de poner?

ADOLFO. (Fuera de sí.) ¡Oh, otro nuevo engaño! (Cogiéndole del brazo y haciéndole salir por la izquierda.) ¡Vete, miserable!... Vete antes que te ahogue entre mis brazos.

JUAN. ¡Tú tienes la culpa de todo!

ESCENA IX.

ADOLFO, luego EMILIA.

ADOLFO. ¡Oh! no hay duda. Este sombrero pertenece al infame que durante mi ausencia... ¡Mi deshonra es cierta! (Al ver entrar á su mujer.) ¡Ah, ella aqui!... ¡Calma! Dios me dé calma hasta saber la verdad toda entera.

EMILIA. (¡Jesus, cómo me mira! ¿Qué habrá pasado?) Ahora te traerán la comida.

ADOLFO. Señora, es en vano ocultarme por mas tiempo su infamia.

EMILIA. (Con espanto) ¿Qué es lo que dices?

ADOLFO. ¡Silencio! Todo lo sé... Tengo indicios... pruebas... Y ahora necesito saber dónde se oculta el miserable... ¡Pronto!... Su sangre sola puede lavar mi afrenta.

EMILIA. (Acercándose.) ¡Adolfo! ¿has perdido la razon?

ADOLFO. Apártese usted... Su sola presencia me hace daño... Estoy en mi sano juicio. ¿Dónde se oculta, repito?

EMILIA. ¿Quién, Dios mio?

ADOLFO. El cobarde que mientras yo corria mil peligros en el ferrocarril por ocuparme de nuestros negocios, por au-

mentar nuestra fortuna, ha venido á esta casa, alentado tal vez por usted, para hablarla de amores.

EMILIA. ¿Hablas de veras? (Reparando en el ramo.) Todo lo comprendo. Ese ramo te ha hecho suponer... ¡Oh! semejante sospecha me indigna. Creerme á mí capaz... Eso es brutal. Yo no necesito justificarme.

ADOLFO. ¿Apelas al orgullo, á la farsa de la dignidad ofendida, porque no puedes explicar sino á costa de mi honra la existencia de estas flores... de ese sombrero? ¡Oh! yo te haré confesar...

EMILIA. Basta. Ese ramo me ha sido enviado por el imbécil de mi primo, que animado por el abandono en que tú me tienes, se ha atrevido á hacerme una declaracion de amor.

ADOLFO. ¿Por mi primo, eh? Ya sé que esa es una fábula convenida entre él y tú para salvar á un amante correspondido.

EMILIA. (Con indignacion.) ¡Oh! esto es insufrible!.. ¡Oh! te atreves á ultrajarme con suposiciones absurdas!.. ¿Y cuándo? Cuando yo esperaba que me pidieras perdon de tus vergonzosas calaveradas.

ADOLFO. Señora, ¿qué es lo que usted dice?..

EMILIA. Que esta fonda, que Aranjuez entero, ha sido teatro de los escándalos que has dado desde que llegaste ayer y te negaste á verme.

ADOLFO. ¡Escándalo! ¡Yo! ¿Quién se atreve á calumniarme de ese modo?

EMILIA. ¡Ah! eres la osadia en persona...

ADOLFO. Esta es una nueva farsa para eludir su repsonsabilidad... Conozco el lazo y no caeré en él... Cítame un testigo... ¿Quién te ha contado...

EMILIA. No puedo mas... ¡Camila!..

ESCENA X.

DICHOS, CAMILA.

CAMILA. (Entrando con gran serenidad.) ¡Yo!

ADOLFO. (Con espanto.) ¡Ella!

CAMILA. ¡Yo! yo se lo he contado todo á la señorita.

ADOLFO. Huye, demonio, de mi presencia... Yo no te conozco... ni te he visto nunca.

CAMILA. No tenga usted miedo... Es un calavera, pero un calavera inocente... Si usted supiera lo que nos hemos divertido con él mi ama y yo.

ADOLFO. ¡Calla! no me precipites...

CAMILA. Si usted le hubiese visto con los ojos vendados... arrodillarse delante de una chimenea y declararla su amor creyendo que tenia delante á la italiana. ¡Já! ¡já!

ADOLFO. ¿Qué es lo que escucho?...

CAMILA. Mi ama y yo no podiamos tener la risa al ver la ternura con que le decia á las tenazas... y á los troncos de leña... y al fuelle, que le otorgaran una mirada de compasion porque él los amaba desde antes de nacer y seguiria amándolos despues de muerto.

EMILIA. (Á Camila.) Por piedad...

ADOLFO. ¡Oh! yo voy á dar un estallido... Quítese usted de mi vista ó la arrojo por el balcon.

CAMILA. ¡Já! ¡já! Para que caiga como usted en el estanque y tome un baño en el mes de enero.

ADOLFO. (Agarrando un sillon.) Fuera de aqui... ¡infame!

CAMILA. Bien buena le parecia á usted cuando me dió los cinco duros y cuando me decia que mi ama era la poesia y su mujer de usted la prosa.

ADOLFO. (Yendo á ella.) ¡Me vá á obligar á hacer un desatino!

EMILIA. (Interponiéndose.) ¡Ah! Adolfo.

ESCENA XI.

DICHAS, TRABADO.

TRAB. (Entrando como un furioso.) ¡Atrás!

EMILIA. (Dando un grito.) ¡Ah!

CAMILA. (Sosteniéndola.) No te asustes, hija mia... Ninguno de los dos me inspira miedo...

ADOLFO. Me alegro ver á usted.

TRAB. Para mí no hay puertas ni ventanas. Yo doy alcance á las liebres por mucho que corran.

ADOLFO. Basta de insultos. Estoy á sus órdenes. Salgamos ahora mismo... Con sus armas de usted... con las que quiera...

CAM. (Interponiéndose.) ¿Qué vas á hacer, desgraciado? Todo ha sido una broma de tu tia.

ADOLFO. (Empujándole.) Quítese usted allá.

TRAB. (Furioso.) Si se atreve usted á ofender á esta señora con el pensamiento siquiera, le levanto la tapa de los sesos.

ADOLFO. ¿Á esta señora?... (¡Este hombre está borracho!)

EMILIA. ¡Camila!... ¡por Dios!... Yo me muero.

CAM. (Con dignidad y tomando el aire de señora.) Esta señora es tu tia la de Almansa... Tu tia Camila... que ha conseguido curarte de tus aventuras y devolver la tranquilidad á su Emilia, á su sobrina.

ADOLFO. (Confuso.) ¡Mi tia! una criada...

CAM. Tu tia, que representando un papel de criada y poniéndote un pañuelo en los ojos te ha llevado al cuarto de tu mujer haciéndote creer que estabas en el de la italiana.

ADOLFO. ¿Qué fábula es esta? ¡Yo voy á perder la razon!

CAM. No; empiezas á recobrarla... Esa chimenea es la misma á quien has declarado tu amor...

ADOLFO. ¡Esa chimenea!...

CAM. (Descorriendo las cortinas.) Este es el balcon por donde has saltado al jardin. Asómate y verás el estanque... (Cogiendo á Emilia de la mano) «*Degnati darli la mano Signora.*» Esta es la mano que te ha parecido tan bella... tan napolitana.

ADOLFO. (Empezando á comprender.) ¡Oh! esto es horrible... Pero esta habitacion...

CAM. La desconoces un poco porque ha cambiado de muebles...

ADOLFO. (Agarrándose al sombrero como á su único recurso.) Y este sombrero ¿de quién es?

CAM. (Poniéndosele.) Este sombrero es el tuyo, desventurado.

ADOLFO. ¡Y este caballero!

CAM. Este caballero es el bizarro comandante Trabado, mi futuro esposo á quien te presento.

ADOLFO. (Con explosion.) ¿Con que todo es verdad?

TRAB. Yo asi lo creo y me pesa.

ADOLFO. Todo ha sido una trama diabólica...

CAM. Para convencerte de que esa felicidad que buscas fuera de tu casa solo se encuentra dentro de ella.

ADOLFO. (Atrayendo á Emilia.) ¡Emilia mia! ¡Oh, estoy avergonzado!...

CAM. Lo que debes estar es arrepentido.

ADOLFO. Gracias, tia... (Cogiéndola las manos.) ¡Oh, lo que usted ha hecho por mí...

CAM. Ha sido una obra de misericordia. La tercera, corregir al que yerra.

JUAN. (Saliendo.) ¡Oh! haga usted otra por mí... Calentar al helado.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 22 de Diciembre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

rta y María.
lrid en 1818.
lrid á vista de pájaro.
l sobre hojuelas.

ro y Blanco.
guno se entiende, ó un hom-
tímido.
leza contra nobleza.
es todo oro lo que reluce.

mpla.

pósito de enmienda.
ará rio revuelto.
ella y por él.
heridas las de honor, ó el
agravio del Cid.
la puerta del jardin.
roso caballero es D. Dinero.
dos veniales.
nio y castigo, ó la conquis-
a de Ronda.

convido al Coronel!...
n mucho abarca.
suerte la mia!
en es el autor?

lice y Medoro.
as de buena ley.
al mas feo.

evina la Gitana.
do y Marte.
o y Flora.

senando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
dor.

chiller.
octrino.
sayo de una ópera.
lesero y la maja.
rro del hortelano.
enta y en Marruecos.
n en la ratonera.
timo mono.
los de carnaval.
licio (drama lírico.)
stillon de la Rioja (*Música*)
zconde de Letorières.

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una loca y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Tamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal paracual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

irección de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Caartagena	Muñoz Garcia.
Cestellon	Perales.
Ciuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.